

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

EL ENIGMA DE LOS SIETE MUERTOS

Curtis Garland



Era mala cosa quedarse sin trabajo.

Y era peor aún, que eso hubiera sucedido precisamente allí. En aquel lugar.

Pero había sucedido. No valía pensar en otra cosa, porque hubiera sido inútil. Él era a veces un soñador. Pero no con el bolsillo vacío, y el estómago más vacío aún. Entonces, se convertía en un hombre terriblemente práctico, aunque eso no sirviera de mucho.



Curtis Garland

El enigma de los siete muertos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1401

ePub r1.1

Lds 03.11.18

Título original: *El enigma de los siete muertos*

Curtis Garland, 1977

Cubierta: Deslio

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



PÓRTICO

La «novela-problema» es una forma clásica de escribir el tema policíaco. ¿Ustedes la recuerdan? Es un juego, un desafío entre el autor y el lector.

Tal vez no la recuerden. Ha pasado mucho tiempo ya, desde que un R. Austin Freeman, un S.

S. Van

Dine o un S.

A. Steeman,

entre otros muchos, dieron aliento a esa «novela-problema» que, actualmente, tuvo su último ejemplo en Agatha Christie.

El factor más negativo, quizá, de la «novela-problema», estuviera tal vez en su densidad prolija, en su falta de acción, que luego la novela «negra» y el «suspense» enmendarían, aunque muchas veces con exageración, olvidándose de lo que tiene el género policíaco de juego de ingenio, con dos jugadores ante el tablero: el autor y el lector. Si vence este último, adivinando la identidad del criminal antes de las últimas páginas, ha perdido la batalla el autor, por supuesto. Y si no, el vencido es el lector, sin que por ello se sienta humillado ni contrariado, ya que todos cuantos hemos leído género policíaco, si nos sentimos al final vencidos por la trama, y equivocados en nuestras sospechas, incluso se lo agradecemos al autor, por el factor sorpresa que nos ha facilitado tan agradablemente.

Yo no pretendo tanto aquí. Sólo quiero desarrollar ese juego de la «novela-problema», pero sin demasiada seriedad, incluso un poco burla, burlando. Y con algo más de acción de lo habitual en ese procedimiento narrativo.

Pero, claro, en el fondo sería feliz si lograra engañar o

desorientar a uno solo de mis lectores, de modo que... ¿por qué no intentarlo con usted mismo?

Y si me vence... mi cordial enhorabuena. Y gracias por haber aceptado las reglas del juego.

El Autor.

CAPÍTULO PRIMERO

ESTACION PROVINCIANA

Era mala cosa quedarse sin trabajo.

Y era peor aún, que eso hubiera sucedido precisamente allí. En aquel lugar.

Pero había sucedido. No valía pensar en otra cosa, porque hubiera sido inútil. Él era a veces un soñador. Pero no con el bolsillo vacío, y el estómago más vacío aún. Entonces, se convertía en un hombre terriblemente práctico, aunque eso no sirviera de mucho.

Contempló la vacía taza de té con leche. Ni siquiera podía pedir otra. No podía permitirse ciertos lujos. Y lo malo es que no había logrado calmar el cosquilleo del hambre, sino darle sólo un poco de calor al estómago, ahora, incluso, sentía más apetito. Soñaba con un buen filete, con un puré de patatas, con unos simples huevos fritos con bacon, aunque habitualmente era un buen *gourmet*. Lo que ocurría es que no se podía pretender ser buen *gourmet* con media libra escasa en el bolsillo. Y con la necesidad imperiosa de abandonar aquella ciudad lo antes posible, y regresar a Londres, a la espera de un nuevo contrato más sólido y duradero.

—¿Por qué diablos me haría yo actor? —se lamentó entre dientes Drury Talbot, sacudiendo la cabeza con aire de disgusto, la mirada fija en las vidrieras del bar de la estación. Seguía lloviznando, y los vidrios aparecían empañados, apenas si se veía los halos luminosos del alumbrado del andén, más allá de aquellas puertas cerradas.

Hacía frío. La gran estufa central no ayudaba mucho a

combatirlo. El hambre, tampoco. Echó una ojeada distraída a un periódico que alguien había dejado a su lado, sobre una mesa del bar, junto a una vacía taza de té con limón.

Era un periódico local. El único que se editaba allí diariamente. Había también un semanario gráfico, pero no era éste el caso. Se trataba del diario. Con fecha del día anterior, además.

Sus ojos resbalaron sobre los titulares, distraídamente:

«TRAGICO ACCIDENTE EN LA IGLESIA. EL REVERENDO
HOLBORN MURIO APLASTADO POR EL DESPRENDIMIENTO DE
LA CAMPANA, EN LA MADRUGADA DE HOY».

Un triste acontecimiento, pensó Drury, distraído, así eran las cosas. En la propia casa del Señor, trabajando por los feligreses, acaso limpiando la campana que llamaba a los oficios religiosos... Y el reverendo encontraba la muerte, al desprenderse esa campana sobre él...

Los accidentes mortales eran siempre desagradables. La muerte lo era, en todo caso. Para Drury, y para todo el mundo. Pero a él, ahora, le atraía más un recuadro, un simple anuncio, en el ángulo inferior izquierdo de la primera página del *Wallcester Journal*, de la muy respetable y digna ciudad de Wallcester.

Él nunca había oído hablar de Wallcester antes de ahora. En realidad, ni siquiera le importaba que estuviese en estos momentos en Wallcester. Ni sabía qué letras llevaría en el mapa, conforme a su importancia. Era, simplemente, una ciudad provinciana, al norte de Londres. Eso le bastaba^[1].

Y allí estaba el anuncio de la primera página. Tan tentador, tan alentador... especialmente antes de que todo esto sucediera:

WALLCESTER HALL.
DEBUT ESTA NOCHE.
TRES UNICOS DIAS DE ACTUACION.
LA GRAN COMPAÑIA DE ARTE DRAMATICO DE
MICHAEL TUSINGHAM Y CLAIRE MORLEY.
EN GIRA POR EL PAIS, SE PRESENTAN CON

«LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE ERNESTO»,
DE OSCAR WILDE.

MAÑANA:

«UN ESPIRITU BURLON», DE NOEL COWARD.

Y todo eso se había ido al diablo, antes incluso de empezar. El eminente Michael Tusingham y la eximia Claire Morley... Casi sintió ganas de reír, pese a todo.

Siempre de pueblo en pueblo. Wallcester era una pequeña ciudad provinciana. Y aun así, era demasiado para ellos. No vendieron ni dos tilas de butacas. Las deudas de la compañía eran fuertes. Demasiado fuertes. Hubo una orden judicial. Se incautaron de la famélica taquilla. Y al infierno lo demás: representación, posible éxito, continuidad de la gira... Y la nómina. Sobre todo, la nómina. Ni un chelín de paga. Todos a la calle. El honorable señor Tusingham y la respetable señorita Morley, habían salido para Londres, pero bajo control judicial. Una estafa, o poco menos. Debían nóminas, pagos, arrendamiento de vestuario y de utillaje... En fin, un desastre.

Y allí se quedó él. Galán joven de la compañía, actor con sueños, con ilusiones. Y con hambre, necesidad..., y ningún dinero. Un encanto. Tenía justo para pagar un billete de segunda a Londres. Luego, Dios diría. Ni siquiera podría tomar el *underground* para ir a la pensión.

Además, la señora Bingham, la patrona de hospedaje de Wallcester, había sido muy generosa y comprensiva, al perdonarle una cena, un almuerzo y una habitación ocupada por una sola noche, de otro modo, él también estaría ahora en manos de la ley, por reclamación de deudas. Simpática la señora Bingham. Nunca olvidaría ese detalle, aunque eso no le reportara a ella compensación material alguna.

Abrió las páginas del periódico con gesto ceñudo. Leyendo olvidaría cuando menos los hormigueos molestos de su vacío estómago.

Leyó algunos titulares de la tercera página. Era la sección local. Había una gacetilla relativa a ellos, a sus actuaciones en el

Wallcester Hall y todo eso... También se hablaba de las próximas Navidades, de un programa del Ayuntamiento con tiñes benéficos, del equipo de fútbol local...

Y una columna dedicada a otra información, que atrajo su interés:

SEPELIO DE DEBORAH MILES

La que fue nuestra ejemplar ciudadana, y gran actriz aficionada, recibió sepultura en el cementerio de Wallcester, en su panteón familiar, en presencia de varios amigos e íntimos de la difunta.

Lamentamos de veras haber perdido a tan querida conciudadana, tanto por sus acciones benéficas de siempre, cómo por el hecho de que, precisamente con motivo del debut de la compañía teatral de Michael Tusingham y Claire Morley, se le iba a tributar un homenaje público, durante el cual recitaría la señorita Miles unos poemas de su repertorio. Descanse en paz Deborah Miles, víctima de tan infortunado accidente, al caer por las escaleras del sótano de su casa, y sufrir un golpe mortal en la nuca, como ya informamos en su momento a nuestros lectores.

—Vaya... —comentó entre dientes Drury, dejando el periódico con disgusto—. Se dan mucho los accidentes en esta ciudad... Y todos sin remedio. La pobre, tampoco hubiera ganado gran cosa siguiendo viva. No hubiese tenido su homenaje popular...

Apartó el periódico. Ya había empezado a aburrirse con él. Se conocía de memoria la actualidad nacional y mundial. Y no le importaban un rábano los ecos locales de sociedad.

Se quedó pensando, la mirada perdida en el vaho que empañaba las vidrieras del bar de la estación. Consultó su reloj. Eran las siete y veinte minutos de la tarde, exactamente, a las ocho, pasaba el tren para Londres.

Drury Talbot miró descuidadamente algo que el periódico había

tapado hasta aquel momento, en la mesa vecina. El dueño del bar no había recogido todavía la taza, con el limón y los residuos de té.

Era una pequeña agenda de tapas negras de cuero, alguien la había dejado allí olvidada, al poner encima el periódico. Extendió la mano. La tomó, examinándola curiosamente. Hizo pasar las hojas con rapidez.

Todas en blanco. Sacudió la cabeza, disponiéndose a entregarla al dueño del local, para que la entregase a su dueño, si aparecía. El ni siquiera recordaba quién estuvo en aquella mesa cuando él entró en el bar, aunque tenía la vaga idea de que, apenas se sentó él en su propia mesa, alguien se levantó de aquélla y se fue. Recordó borrosamente una puerta que se abría, un ramalazo de aire frío y húmedo, y él portazo final.

Al volver a pasar las páginas para cerrar la agenda, vio la página escrita. Era la única.

Abrió el librito. Leyó las siete hileras escritas con tinta azul:

1—Spencer Hawkins †

2—Deborah Miles †

3—Rdo Holborn †

4—A..., B..., †

5—V..., S..., †

6—C. E..., H..., †

7—M..., S..., †

Eso era todo. No significaba mucho. Tres nombres completos, con una cruz tras de ellos. Cuatro líneas con simples letras aisladas, que nada parecían representar. Con otras tantas cruces también.

De repente, recordó dos de esos nombres. Tomó de nuevo el diario. Lo desplegó, consultando dos informaciones: una noticia y una necrológica.

Allí estaban. Deborah Miles y el reverendo Holborn. Muertos ambos. Dos accidentes. Una caída mortal en la escalera de un sótano. Y una campana que se desplomó sobre el religioso, aplastándolo.

—¿Qué diablos...? —comenzó, entre dientes, perplejo.

Volvió a leer la lista. Se incorporó, guardando la agenda entre

los dedos de su mano izquierda. Se apoyó en el mostrador. El dueño del bar volvió la cabeza, mirándole con indiferencia.

—¿Quiere algo más, señor? —le preguntó.

—No, gracias —sonrió Drury Talbot—. Eso me impediría llegar a Londres, amigo. Quería preguntarle algo, sólo eso.

—Bueno —puso un gesto de circunstancias, apoyando los codos en el mostrador—. ¿Qué es?

—¿Quién es Spencer Hawkins?

—¿Spencer Hawkins? —repitió, perplejo, el dueño del establecimiento, arqueando sus cejas con asombro—. ¿Es que usted lo conoció acaso?

—No —confesó Talbot—. Por eso le pregunto quién es..., si es que aún vive.

—No. No vive —sacudió la cabeza en sentido negativo—. Murió hace días. Más de una semana, creo.

—¿De accidente? —preguntó cándidamente Drury.

—Sí, eso es. ¿Cómo lo sabe? Creí que no sabía nada de él, puesto que me lo pregunta...

—Y ésa es la verdad. Sencillamente, hice una deducción. Pero aún no ha contestado usted a mi pregunta. ¿Quién era Spencer Hawkins?

—Un loco.

—Un... ¿qué?

—Un chiflado. Muy conocido en Wallcester, andaba por ahí haciendo excentricidades. Un pobre chico sin remedio, a veces vale más morir se que vivir así.

—¿Era peligroso?

—¿Peligroso? Oh, no, nada de eso. Totalmente inofensivo, señor. Pero su cabeza estaba trastornada. Uno nunca sabía lo que podía ser capaz de hacer, además, el pobre estaba solo en el mundo, y su dinero, es decir, el de su familia, de poco le servía en tal estado.

—¿No tenía familiares?

—No, ninguno. Pero ¿por qué le interesa tanto un tipo como Hawkins? Usted es forastero aquí, ¿no es verdad?

—Sí. Sencillamente, tuve una idea y quise comprobarla. ¿Cuál fue el accidente que puso fin a su vida?

—Algo que podía ocurrirle cualquier día. Cruzaba la calle y un camión se le echó encima, sin que él se apercibiese. Pobre

Hawkins... Creo que ese día descansó definitivamente en paz. Pero fue una muerte horrible.

—La muerte siempre es horrible... —suspiró entre dientes Talbot, como si hablara consigo mismo. Luego, inapreciablemente, su mano se hundió en el bolsillo de la arrugada y sucia gabardina, guardando en él la agenda. Miró a la mesa con el servicio de té con limón. La señaló preguntando—: ¿Quién estuvo en esa mesa sentado? ¿Lo sabe usted?

—Pues... no sé —se encogió de hombros el dueño del bar, mirando a aquella mesa y luego al propio Talbot con aire perplejo—. Supongo que otro viajero...

—¿Supone? ¿No conocía a su cliente, tal vez?

—Pues no, no lo conocía... Pero oiga, ¿quién diablos es usted? —comenzó a mostrar su irritación el cantinero—. Pregunta cómo un policía o un inspector de Hacienda...

—No soy lo uno ni lo otro, palabra —rió Talbot—. Sólo soy un actor sin trabajo y sin dinero. Sencillamente, tenía interés por conocer ciertas cosas. ¿No recuerda, al menos, cuál era el aspecto de ese hombre, el que le pidió té con limón y dejó olvidado ahí su periódico?

—Se equivoca, señor. Me pidió el té..., y el periódico. Es mío. Pero no era ningún hombre, ahora que lo recuerdo —el cantinero se golpeó la frente con súbita clarividencia—. Se trataba de una mujer... Una señora alta, enlutada, con un abrigo gris oscuro con pieles, cabello largo y un sombrero en forma de casquete..., creo que gris también.

—Una mujer... —repitió Drury, perplejo—. Ya... ¿Y no era de Wallcester?

—Seguro que no —gruñó el hombre—, aquí todos nos conocemos...

—Lo supongo —admitió Talbot, regresando despacio hacia su mesa—. Una mujer... Si al menos la hubiese mirado... No debía valer mucho cuando no la observé.

—Pero ¿puede decirme a qué viene todo esto? —se interesó, algo molesto, el propietario del local en la estación de provincias—. ¿Por qué le interesa tanto esa cliente, por qué quería saber cosas del pobre Spencer Hawkins...?

—No lo sé —suspiró Drury Talbot. Y era sincero en el fondo—.

Siempre he sido aficionado a los misterios, a lo que no lograba entender fácilmente... Ésta es una de esas cosas que no entiendo, amigo.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Que Hawkins muriese atropellado por un camión. Que Deborah Miles se matara al caer por la escalera de su casa, al descender al sótano. Que el reverendo Holborn fuese aplastado por la campana de la iglesia...

—¿Eh? —boqueó atónito, el dueño del local—. ¿Qué es lo que dice?

—Usted quizá no lo entienda. Pero en una ciudad de menos de cien mil habitantes... son ya muchos accidentes seguidos...

—Usted tiene razón. Pero no ha podido llegar a esa conclusión por simples deducciones... ¿Quién es usted, señor? ¿Acaso el hombre que el destino envía para descubrir al diablo en Wallcester?

El dueño del bar giró la cabeza, sorprendido. Drury Talbot se vio lleno de asombro ante aquellas pasmosas palabras, pronunciadas por una voz profunda, poderosa, realmente impresionante.

Se enfrentó al hombre más extraño que pudiera imaginar, acababa de entrar en el bar de la estación, y contemplaba con fijeza a Drury Talbot. Una fijeza obsesiva, inquietante como lo era el propio personaje surgido de la fría y lluviosa noche.

CAPÍTULO II

LA EXTRAÑA PROPOSICION

Las dos tazas de té y los sándwiches fueron puestos sobre la mesa. Talbot lo contempló como si todo aquello fuese cosa de puro milagro. Y en el fondo, estaba por asegurar que lo era.

—Cielos, pensaba llegar a Londres sin probar bocado —comentó—. ¿Seguro que no estoy soñando?

—No lo creo —sonrió su compañero de mesa con una vaga sonrisa—. En ese caso, también soñaría yo. Y le aseguro que estoy bien despierto. Coma cuanto guste. Creo que las células cerebrales no funcionan igual cuando el estómago no está bien atendido. Si quiere más té, no tiene sino pedirlo.

—Muy amable —le estudió Talbot, curioso—. Usted, sin embargo, no es Santa Claus...

—No, claro que no —rió el otro—. Si lo fuera, hubiese llegado con demasiada anticipación. Faltan aún diez días para Navidad, señor Talbot, además, me temo que no nos parezcamos demasiado...

Drury asintió, tomando el primer sándwich con su mayor autocontrol posible para no engullirlo de un solo bocado. Había que guardar las apariencias, incluso en un lugar como aquél.

Desde luego, el caballero generoso que le invitaba al refrigerio inesperado, no tenía el aire obeso, bonachón y cordial de San Nicolás, ni mucho menos. Era alto, muy alto, flaco y de cabello negro. Ojos oscuros, penetrantes, nariz aguileña, tez cetrina, pómulos acentuados, gran chaquetón o pelliza de cuero negro y pieles, guantes —que curiosamente no se había quitado, ni siquiera

para tomar la taza de té—, y una fría, helada expresión, mientras contemplaba cómo el joven actor teatral combatía su feroz apetito.

Se había presentado con el nombre de August Bromfield, residente en Wallcester. Era todo lo que sabía de él por el momento. Eso..., y que le invitaba a té y emparedados. Era mucho más de lo que su optimismo natural podía prever poco antes.

—Bien, señor Bromfield... —comenzó Drury, tras el tercer emparedado, llenando de nuevo su taza de té—, ahora ya nos conocemos, al menos por nuestro nombre. Usted sabe que soy actor teatral, que nuestra compañía se ha hundido, disolviéndose, y que debo regresar a Londres sin un penique. Yo sé que usted se llama August Bromfield, que es natural de Wallcester..., y que cree que el destino me ha enviado para encontrar al diablo en esta ciudad. Fueron sus palabras, ¿no es cierto?

—Exactamente. Y estoy seguro de que así será —cerró sus ojos y extendió las manos sobre la mesa, como en éxtasis—. Porque así son las cosas cuando así las ve mi mente, señor Talbot.

—Temo no haberle entendido muy bien —confesó Drury, estudiando al hombre con cierto aire suspicaz, muy poco seguro de que realmente estuviera en sus cabales—. Usted no puede haber pensado en serio en que un simple actor de compañía de provincias tenga facultades para nada que no sea representar medianamente un personaje cualquiera en un escenario...

—La vida es un gran drama, señor Talbot —expuso solemnemente Bromfield, con un brillo casi alucinado en sus oscuras pupilas—. El mundo, un inmenso escenario. Y usted, en él, podría ser el actor que interpretara un personaje quizá nuevo en su repertorio.

—¿Qué clase de personaje? —indagó, desconfiado—. ¿El Arcángel San Gabriel?

—No diga tonterías —se irritó Bromfield, agitando airadamente una mano—. Hablo en serio. Su papel sería el de un gran detective.

—Un gran... ¿qué? —Parpadeó Drury.

—Un detective. Uno de los grandes. Sherlock Holmes, Philo Vance, Poirot..., el que le guste. Pero sea un detective brillante, señor Talbot. Descubra el Mal. Descubra al Diablo de Wallcester. Es lo que espero de usted. Es lo que me dijeron los Oráculos.

—¿Los... Oráculos? —repitió Drury, empezando a sentirse como

en un manicomio.

—La gente no cree en los Oráculos, en las voces del Más Allá, en los murmullos de los muertos, que nos llegan desde las tinieblas de lo Eterno... —recitó lúgubrementemente Bromfield, como un nigromante o como un actor consumado, que dejaba chiquito al propio Drury, e incluso a su último empresario, el inefable Michael Tusingham. Siguió luego—: Pero es un tremendo error no admitir lo que existe de verdad en ello. Yo creo. Y como creyente, recibo mi recompensa. Voy más lejos que ningún otro. Conozco los pasos futuros del destino. Y sé cuál va a ser ese futuro. Como sabía que, viniendo a esta estación, encontraría aquí al hombre que ese destino tiene reservado para destruir el Mal en esta ciudad.

—Todo eso suena muy bien, pero...

—Déjeme terminar. Cuando llegué a este bar, comprendí que era cierto lo que me fue comunicado. No había error en ello. Una vez más, las voces del Más Allá no mintieron. Usted estaba hablando de algo cuando yo asomé por esa puerta... Usted hablaba de..., de los accidentes mortales.

—Cierto —admitió Talbot, sin saber adónde iría a parar aquel hombre—. Pero no se trataba de nada sobrenatural ni fantástico, se lo aseguro. Sencillamente, acababa de descubrir algo, y unas cuantas deducciones me hicieron pensar lo que expuse, eso es todo.

—No he dicho que usted tenga nada de sobrenatural —replicó dignamente Bromfield—. Sólo es un hombre. Un ser humano. Una criatura manejada por los hilos del destino, como todos nosotros. Pero ha sido el escogido para llegar al fondo de la cuestión, yo lo sabía. Y ahora lo sé con mayor firmeza. Ésa... deducción, como usted la llama, no hace sino confirmar lo que yo sabía ya de antemano, lo que me fue anunciado. Por eso estoy aquí. Por eso quiero contratarle, señor Talbot.

—¿Contratarme? —Parpadeó Drury, perplejo—. ¿Es que piensa formar compañía?

—Oh, no sea exasperante. Trate de que funcione su imaginación y no me defraude. Yo no soy actor, ni empresario, ni nada parecido. Jamás he sentido el menor interés por el teatro, para serle sincero. Pero tengo dinero. Soy rico, señor Talbot. Y tengo derecho a hacer algo por mí, por mi memoria.

—¿Su... memoria?

—Eso es —le miró triste, gravemente—. Mi memoria mi recuerdo, llámelo como quiera.

—Pero su memoria, su recuerdo... todo eso suena a cosa póstuma. Y usted está lleno de vida, señor Bromfield.

—Lo estoy *ahora*, en este momento. ¿Cuánto tiempo me queda aún? Poco, amigo mío. Muy poco. Dentro de unas fechas, acaso dentro de horas simplemente..., *yo habré muerto*.

—¿Cómo? —Drury iba de sorpresa en sorpresa. Ya le cabían pocas dudas sobre las deficiencias mentales de su interlocutor—. Temo no entenderle bien...

—Es comprensible —sonrió amargamente—. Nadie me comprende. Y, sin embargo, está bien claro. Usted lo dijo. Son *demasiados* accidentes. Tres, señor Talbot, Tres muertes, súbitas, violentas. Spencer Hawkins, atropellado. Deborah Miles, la nuca rota al caer. El reverendo Holborn, aplastado por su propia campana..., ahora..., *ahora* me toca a mí, señor Talbot. Soy el siguiente en la lista... La cuarta víctima. El cuarto «accidente»:

De pronto, Drury Talbot recordó algo. Se quedó mirando muy fijo a su interlocutor, repentinamente demudado. Jadeó, con ojos dilatados:

—Cielos, usted..., August Bromfield..., a. B. *¿Es usted el cuarto nombre!*

—Exacto —la mirada fría de Bromfield casi le taladraba. Era, sin embargo, ardiente allá en su fondo—. Veo que sabe... No había error. Es usted el elegido...

Conoce esa horrible lista de muerte... Siete cruces. Siete muertos...

—*Tres*, que yo sepa —le rectificó roncamente Drury Talbot.

—No —negó despacio Bromfield con fatalismo—. Somos siete. Siete condenados. Virtualmente, amigo mío..., los siete estamos ya muertos. El Diablo no fallará ni una sola vez, lo sé, al menos, no fallará conmigo. No le pido que me salve la vida, porque eso no está en su mano conseguirlo. Sí le pediré que descubra a mi asesino. Que pague su crimen, su maldad, que purgue sus infamias..., y entonces mi alma descansará en paz. Mientras eso no ocurra, no habrá reposo para mí. No habrá reposo... jamás. Talbot, por ese servicio cobrará usted el dinero que considero justo. Le contrato para vengar mi inexorable muerte... Tome este cheque. Va al portador. Se lo harán

efectivo en cualquier Banco de Wallcester. Ingrésele a su nombre mañana mismo, a primera hora, antes de que me suceda algo, aunque ya he dejado instrucciones a mis banqueros para un caso así. Es su dinero. Pero sólo lo habrá ganado... cuando el Diablo desaparezca al fin de Wallcester. Cuando un asesino haya pagado sus crímenes..., y el Mal se haya extirpado.

Puso sobre la mesa una larga hojita verde. Un talón bancario al portador, firmado con enérgico trazo. Drury Talbot, que tenía media libra esterlina en su bolsillo, sintió que le daba vueltas la cabeza, a pesar de que ya había consumido cinco emparedados y dos tazas de té. Por lo tanto, no era por tener vacío el estómago.

A cualquiera le hubiera dado vueltas la cabeza ante aquella suma escrita claramente en el talón bancario. Sobre todo, a un actor en paro.

Eran cinco mil libras.

Luego, los ojos de Drury Talbot se alzaron rápidamente, fijándose en un ventanal empañado del bar. Había sido como un presentimiento. Sabía que unos ojos le miraban desde la oscuridad de la noche, allá en el exterior.

El rostro pegado fantasmalmente al cristal húmedo, se diluyó en las sombras, desapareciendo. Drury Talbot lanzó una imprecación, se puso en pie, derribando su silla, y se precipitó a la carrera hacia el andén de la estación.

* * *

Abrió la puerta vidriera violentamente. Se lanzó al exterior, bajo la lluvia.

La figura furtiva se alejaba por el andén con paso rápido. Talbot corrió tras ella, gritando imperiosamente:

—¡Alto! ¡Espere ahí!

Se detuvo en seco. Esperó. Drury Talbot llegó junto al solitario caminante del mojado andén. En la noche, las vías férreas eran como tiras de brillo metálico. Por encima de ellas, las luces rojas o verdes de la señalización ferroviaria, parecían suspendidas en el vacío. Un aire lacheado, lanzó contra el rostro de Drury las finas gotas de lluvia. Más lejos, las luces de Wallcester brillaban débilmente en la oscuridad.

—Vaya... —comentó Drury al llegar junto al personaje del exterior—. Una mujer...

Era una mujer. Joven, esbelta, con un impermeable oscuro, que brillaba como charol, anudado a su cintura. Un gorrito de igual material cubría sus cabellos húmedos, de un suave dorado oscuro, brillante. Era bonita. Se volvió a mirarle, con ojos muy grandes y alarmados.

—¿He hecho algo malo? —preguntó, con voz débil.

—No lo sé. Si no lo ha hecho, ¿por qué huía?

—No huía. Me alejaba, simplemente.

—Estaba mirando hacia el bar. Me miraba a mí desde un ventanal.

—¿Es algún delito?

—No lo sé aún —replicó secamente Talbot—. ¿Por qué me miraba?

—Quizá porque me gusta usted, señor Talbot —fue la increíble respuesta.

Se quedó mirándola realmente perplejo. Drury pensó que, en verdad, aquélla era una noche llena de sorpresas.

—De modo que conoce mi nombre... —repitió Drury, luchando contra su perplejidad.

—Claro —sonrió ella, sin quitarle los ojos de encima—. Drury Talbot, actor.

—¿Quién se lo dijo?

—Nadie —rió suavemente la desconocida—. Le vi a usted actuar. Es un buen actor. Pero, sobre todo, es muy guapo y arrogante. Me gustó en cuanto le vi.

Drury empezó a sentirse incómodo, aquella muchacha tenía la virtud de desarmarle.

—¿Cuándo me vio? Ni siquiera he actuado jamás en Wallcester, señorita...

—Hunter —apresuróse a informar ella—. Vanessa Hunter, actriz. Pero sólo aficionada. Del cuadro local, de Wallcester. Me gusta ver a los profesionales, asistí a su ensayo de *Un espíritu burlón*, antes de que suspendieran su debut, señor Talbot...

—Oh, entiendo... Había algunas personas en butacas, presenciando el ensayo —torció el gesto—. Mi papel en esa obra no era muy lúcido.

—No importa. Me gustó usted. Sigue gustándome. Hoy viene a Wallcester una persona importante, una gran amiga mía. También fue actriz, pero sólo como niña prodigio, ahora regresa al hogar, tras mucho tiempo lejos de Wallcester. Viene en el tren de las veinte horas... Creo que trae quince minutos de retraso, por una avería causada por la tormenta en el norte... Cuando esperaba, le vi en el bar. Me asomé a contemplarle. Porque ya no tendría otra ocasión. Se marcha en ese tren, ¿verdad?

—Sí, a Londres... —Drury vaciló, recordando un talón bancario por cinco mil libras. Una suma que no cobraba él ni siquiera en un año de trabajo continuado. Se preguntó si no lo habría soñado, y al volver al bar, el tal señor Bromfield no estaría, ni habría existido nunca.

—Lástima... —suspiró la muchacha—. Me hubiera gustado verle en escena... O seguirle viendo, simplemente. Pero supongo que no tiene por qué quedarse en Wallcester. Tendrá su familia en Londres, su vida profesional, todo...

—No tengo familia —confesó Drury—. Pero sí, un profesional, cuando está parado, debe volver a Londres, allí siempre hay contratos, compañías que se forman...

—Contratos, compañías... —repitió Vanessa Hunter con melancolía—. ¡Qué maravilla todo eso! Enrolarse, recorrer Inglaterra actuando de escenario en escenario... Y luego, descansar un tiempo, esperar otro contrato, ver a los famosos, charlar con todos ellos, vivir el ambiente, la vida teatral en toda su intensidad... Le envidio, señor Talbot. Le envidio terriblemente...

«Pobre muchacha, aficionada provinciana —pensó para sí Drury—. Si supiera lo que es esta profesión... Giras agotadoras, pueblos y ciudades, una mala pensión, un sueldo que no alcanza para nada apenas, un paro con los bolsillos vacíos, el reloj empeñado...».

Eso *también* era el teatro. Pero Vanessa Hunter, con sus actuaciones de aficionada en el cuadro local, como simple *hobby*, no podía entenderlo. No valía la pena decírselo.

—Sí, es fascinante —mintió Drury con cinismo—. ¿Quiere entrar y tomar algo...?

—No, gracias —suspiró Vanessa Hunter, mirando a la distancia. Un lejano silbido avisó de la proximidad del tren procedente de Leeds, donde habría enlazado con el expreso de Edimburgo—. Ya

llega mi tren... Bueno, el de Velda Symons, mi amiga de la infancia... Y su tren también, señor Talbot. Es una despedida, ¿cierto?

—Cierto —admitió de mala gana Drury, mirando a las sombras, a la aún lejana luz de la locomotora que se aproximaba a Wallcester. Giró la cabeza. Miró al bar. En la puerta iluminada, se enmarcaba la figura inconfundible de August Bromfield. No, después de todo, no era ningún sueño. Le hacía señas imperiosas para que volviera. Su cabeza, en estos momentos, era una total confusión. Tras una nueva duda, tendió su mano a la joven—. Un momento. Iré por mi equipaje. Lamento irme, pero...

—Si se quedara en Wallcester solo... sólo unos días... —murmuró la joven—. Sería maravilloso contar con usted para nuestra próxima representación del sábado...

Es... es una obra clásica... Seguro que podría colaborar con nosotros...

Los ojos de Drury Talbot se fijaron en la taquilla ferroviaria, en la puerta del bar, en Vanessa Hunter, en August Bromfield... Y en el tren que se aproximaba.

—Un momento, por favor —pidió—. Debo volver al bar. La veré ahora... Lo cierto es que aún no sé si podría...

Y dejando su frase en el aire, ante la esperanzada sorpresa de la joven, regresó con rapidez al local. Bromfield le miraba fijamente. Parecía esperar algo. Los ojos del joven actor se posaron, por encima de los hombros de su interlocutor, en la mesa del bar, allí seguía el cheque, junto a los emparedados y las tazas de té...

—Y bien, señor Talbot..., ¿qué resuelve? —le preguntó Bromfield, tajante—. Su tren ya llega. Debe decidir. Pero si no hubo error, debe cumplirse el destino...

—Señor Bromfield, tengo sólo unos chelines en mi bolsillo. Ni siquiera dispongo de dinero para regresar a la ciudad, cenar y tomar alojamiento, si me quedo en Wallcester —le confesó con franqueza—, acepto su oferta, aunque el diablo me lleve si sé algo de la ciencia policial, como para convertirme en detective...

—Eso está arreglado —suspiró con alivio Bromfield. Puso en su mano un billete de cincuenta libras—. Tome. Le bastará para sus gastos momentáneos. Me alegro de no haberme equivocado con usted... Me siento feliz de que, realmente, todo vaya a resolverse en

Wallcester algún día...

—No cante victoria aún, señor Bromfield —replicó Talbot secamente—. No sé ni por dónde empezar, a la gente no le sorprenderá mucho que me quede, porque le diré a esa jovencita que voy a colaborar con el cuadro artístico local. Será también un modo de poder saber cosas sobre la difunta señorita Miles, que también era actriz aficionada...

—¡Bravo, Talbot! —aprobó Bromfield, con ojos brillantes—. Ya funciona su cerebro de un modo ordenado. Veo que tiene facilidad para sacar conclusiones, para aprovechar circunstancias favorables..., y también para saber disimular sus actividades. Creo que lo va a hacer muy bien. Suerte, amigo mío. Recoja su talón. Y hasta pronto... o hasta nunca.

Le estrechó la mano y se alejó bruscamente, sin añadir palabra. Desapareció tras la esquina de la estación. Talbot regresó al interior del bar. Recogió el talón, que contempló, todavía incrédulo. También tomó su maleta del suelo. Caminó hacia la salida. Se detuvo para preguntar al cantinero:

—Por favor, ¿qué le debo?

—Nada, señor —dijo el hombre—. El caballero lo pagó todo. El señor Bromfield es muy generoso. Claro que puede serlo. Es una de las personas más ricas de Wallcester, pero no todos los ricos saben ser desprendidos... Buen viaje, señor.

—Gracias. —Drury meneó la cabeza, con un asomo de sonrisa—. Pero he cambiado de idea. Me quedo. Tengo que ayudar a unos aficionados de Wallcester...

Cuando salió al andén, el tren de Leeds se detenía en la estación provinciana, entre el chirrido de sus frenos y el ruido sordo, de los motores eléctricos de su locomotora. Bajo la llovizna, Vanessa Hunter recorría los vagones, al pie del convoy, sin esperar a que se detuviese totalmente éste.

Aun así, giró su cabeza la muchacha, viéndole allí parado. El hizo un gesto con el brazo, sonrió y le anunció con voz clara:

—¡Me ha convencido, señorita Hunter! ¡Me quedo en Wallcester unos días y colaboraré gustoso en esa representación!

—¡Es magnífico! —Se entusiasmó ella—. ¡Gracias, gracias, señor Talbot...! Un momento, enseguida estaré con usted... En cuanto localice a Velda, mi amiga...

El tren ya estaba totalmente parado, de uno de los últimos vagones, al abrirse la portezuela, tras unos momentos de pausa, descendió alguien con dos maletines. Era una joven de cabellos oscuros, largos y sedosos, vestida con una *trenka* azul, falda escocesa y botas.

—¡Velda! —llamó alegremente Vanessa Hunter.

—¡Vanessa, querida! —respondió la otra, al identificarla.

Las dos jóvenes se fundieron en un abrazo. Drury Talbot esperó, discretamente, a que ambas amigas hubieran celebrado su encuentro. Luego, llegó hasta ellas, y se ofreció, cortés:

—Perdonen... ¿Puedo ayudarles a encontrar un taxi y llevarles el equipaje?

—Sí, por favor —pidió Vanessa, con expresión risueña.

—¿Quién es? —se interesó la viajera, mirando curiosamente a Talbot.

—Velda, te presento a Drury Talbot, actor profesional de Londres. Iba a regresar a la capital, pero le he convencido para que se quede unos días y nos ayude a montar y a representar nuestra próxima obra... Talbot, ésta es Velda Symons, pintora y escultora, que ha tenido mucho éxito con su última exposición en Edimburgo. Natural de Wallcester, es mi vieja compañera de colegio, y tras mucho tiempo de ausencia, vuelve con nosotros, por una larga temporada. ¿No es cierto, querida?

—Sí, es cierto —asintió ella, que estrechó con calor la mano de Drury—. Es un placer conocerle, Talbot, a mí también hubo un tiempo en que me gustó el teatro. No faltaré a esa representación, seguro. En primera fila, si es posible.

—Lo será —prometió Talbot, sonriendo—. Me encargo de eso. Es el único salario que pediré al cuadro focal, a cambio de mi colaboración: una entrada de primera fila para usted, señorita Symons.

—Es encantador tu amigo, Vanessa —elogió Velda, riendo—. Si no te opones a ello, creo que voy a intentar conquistarlo.

—Me opondré con todas mis fuerzas, querida —sonrió Vanessa, algo agresiva—. Yo le eché el ojo encima antes de que tú llegaras.

—Va a ser una lucha difícil, entonces —comentó Velda Symons, colgándose del brazo de su amiga, y mirando con descaro a Drury—. Talbot, me temo que va a ser usted algo más que un actor de

vacaciones en Wallcester. Lo vamos a convertir en una especie de presa a ser disputada por dos cazadoras... ¿Qué le parece el papel?

—Inmejorable —rió Drury, cargado con su maleta y con una de las de Velda—. Ya me dirán quién vence. Por el momento, no tengo preferencias especiales. Vanessa es más ingenua de aspecto. Y usted, Velda, más sensual, más..., agresiva. Todo tiene su encanto.

—Oh, sí, pero no se fíe de las mosquitas muertas —rió Velda, maliciosa—. Yo confieso sinceramente que me encanta devorar a los hombres. Vanessa tal vez no lo admita así, pero en su adolescencia, era mucho más peligrosa que yo. Y supongo que debe seguir siéndolo, pese a su aire de no haber roto un plato.

—Como botín de la vencedora, confío en no ser destrozado antes del fin de esa lucha —rió de buena gana el joven actor, abriendo camino hacia la parada de taxis cercana a la estación—. Pero gane quien gane... creo que no podré sentirme defraudado.

—A eso le llamo yo ser un buen diplomático —comentó irónicamente Vanessa.

Los tres alcanzaron la parada de taxis. Subieron a uno de ellos, que partió hacia el centro urbano.

Allá, en la estación, el tren de Leeds silbó nuevamente. Empezó a moverse. Iniciaba su viaje hacia Londres. Sin Drury Talbot a bordo.

Lentamente, mientras el convoy se perdía en la distancia, hacia la capital, una figura emergió al bar de la estación, materializándose de entre las sombras. Contempló la marcha del ferrocarril, como había contemplado, desde la oscuridad, la partida de Drury Talbot con las dos muchachas, en un taxi, en dirección a Wallcester.

Era una mujer alta, rubia, con traje negro, abrigo gris oscuro, con cuello y puños de pieles y un casquete también gris sobre sus cabellos rubios y largos. Llevaba las manos enguantadas.

En sus labios, muy pintados, tanto como maquillado se veía el rostro, se dibujó una helada sonrisa, una mueca fría y casi cruel. Un sonido leve, susurrante, una risa siniestra, flotó en el silencio de la desolada estación, entre el gotear monótono de la llovizna.

Luego, mientras se encaminaba a un coche oscuro, aparcado en otro punto, no lejos de la estación, se quitó con mano rápida y segura la peluca rubia y el casquete, apareciendo debajo su

auténtica cabeza. Después, una vez dentro del coche, ante el volante, aquellas mismas manos enguantadas procedieron a empuñar un paño húmedo y frotó el rostro, comenzando a quitar el denso maquillaje, las pestañas postizas..., y luego las lentes de contacto que daban a sus ojos otro color.

También la indumentaria siguió el mismo camino, pasando a un plano maletín, con los demás postizos.

Era otra persona muy distinta la que conducía aquel oscuro automóvil, poco más tarde, también en dirección al centro urbano de Wallcester.

El dueño del bar de la estación, jamás hubiera podido identificar en esa persona, ni de lejos, a la cliente que pidió té con limón y un ejemplar del *Journal...*, y que se dejó sobre el mesa del establecimiento una misteriosa agenda con siete cruces, tres nombres completos..., y fas iniciales de otros cuatro.

CAPÍTULO III

EL MAL ANDA SUELTO

Fumó con lentitud, casi con fruición, el cigarrillo emboquillado.

Era un placer que no se había podido permitir últimamente. Un buen cigarrillo rubio y emboquillado, de lujo. Demasiado caro para un actor con poco sueldo, atrasos en la nómina, y a punto de quedar cesante por fuerza mayor, como ya se temía.

Ahora, todo era distinto. Había cenado un poco tarde, a base de fiambres y *pudding* que la señora Bingham, una patrona amable, le había servido gustosamente, al verle regresar a su casa, para quedarse por unos días a régimen de pensión completa, pagándole por anticipado tres días y los atrasos que tan generosamente le perdonara cuando las cosas iban mal.

—Mañana le abonaré por anticipado el resto de la semana, apenas cobre en el Banco una transferencia que mi familia me hizo desde Londres —dijo, mintiendo a medias.

—Por Dios, no tiene que hacer tal cosa, señor Talbot —se apresuró a rechazar la buena mujer—. Ya tuve confianza en usted anteriormente. Sabía que un día u otro, me pagaría su deuda. Sé conocer a las personas cuando las veo. Y me alegra mucho que, de repente, todo se haya arreglado bien.

—Bueno, era una deuda familiar que nunca acababa de serme satisfecha —se excusó él—, ahora, al saber lo ocurrido con la compañía, me han resuelto el problema. Eso me permitirá descansar aquí unos días, y de paso trabajar por simple afición con el cuadro local. La señorita Hunter me ha convencido para que lo hiciera así.

—Oh, Vanessa Hunter —aprobó la mujer, asintiendo—. Buena

chica, sí. Y muy bonita.

—Mucho. También lo es su amiga Velda Symons...

—¡Velda Symons! —Pestañeó la buena mujer, sorprendida—. ¿Es que usted la conoce acaso?

—La conocí esta noche, cuando bajó del tren de Leeds...

—Oh, entiendo..., de modo que la pequeña Velda ha vuelto a casa...

—No tan pequeña —sonrió Talbot—. Tendrá al menos veinticinco años, creo yo.

—Cierto. Pero hacía ya tantos años que faltaba de aquí... Desde que era una niña, casi. Dicen que es una gran artista, que sus obras se exponen en Escocia con éxito.

—Sí, eso me dijeron —había admitido distraídamente Talbot—. Las chicas de esta ciudad parecen muy bonitas todas...

—No todas —rió de buen grado su patrona—. Pero sí muchas de ellas, aún no conoce a otra que será compañera suya en esa representación de aficionados. Pero guárdese de ella, por bonita y atractiva que le parezca...

—¿Quién es? —se interesó entonces el joven actor.

—María Sinclair, además de editar el *Wallcester Journal* local, es aficionada a actriz, y no lo hace mal del todo. Pero también es algo más que eso: una ninfómana, señor Talbot.

—¿Ninfómana? —Parpadeó Drury, sorprendido—. ¿Seguro?

—Seguro. No sólo le gustan los hombres. Los devora, así, como suena, a uno o a cien. Es una enfermedad, claro. El doctor Blair, nuestro mejor médico local, la trató por lo visto de su dolencia, pero no tiene fácil arreglo. Temo que un día la tengan que internar. En cuanto ve a un hombre que le gusta... se produce la crisis. Y le gustan todos... o poco menos.

—Gracias por el aviso —resopló Talbot, riendo—. Lo tendré en cuenta, señora Bingham... Por cierto, que veo que mucha gente en Wallcester es aficionada al teatro...

—Oh, sí, es cierto, aunque su compañía apenas vendió entradas, entienden de teatro. Y les gusta.

—Sí, precisamente por eso supongo que no compraron entradas para vernos —rió Talbot de buena gana—. Nuestra compañía es pésima. Sabían lo que se hacían. Creo... creo que también una dama local era actriz por afición. Leí en un diario que había muerto

accidentalmente...

—¿La pobre señorita Miles? —La dueña de la pensión afirmó, enfática—. Fue terrible, sí. Un accidente desgraciado. Yo se lo decía siempre. Era mejor no aventurarse a bajar sola a aquel sótano. Y menos, teniendo como tenía ahora jardinero... Una locura.

—¿Es que no tenía habitualmente jardinero?

—No, hacía tiempo que hacía sola los trabajos de jardinería. Los útiles están siempre en el sótano, porque no tenía cobertizo. Pues bien, aun así fue ella quien bajó a buscar herramientas del jardín..., y al romperse un peldaño de la escalera de mano, sé mató.

—¿Estaba el jardinero entonces en la casa?

—Creo que no, al regresar de unos recados la encontró muerta y avisó a la policía. Eso fue todo. Pobre señorita Miles... Era una buena mujer. Generosa y afable...

—¿Sabe quién es el jardinero? —Se le escapó la pregunta a Drury.

—Pues... no —arrugó el ceño la señora Bingham y le miró, sorprendida—. ¿Por qué quiere saberlo, señor Talbot?

—Bueno, soy bastante aficionado a jardinería —se excusó Drury vivamente—. He pasado ante la casa de la señorita Miles y me gustan sus flores...

—¿Se refiere a los geranios y a los rosales? —suspiró la señora Bingham. Sacudió la cabeza—. No se fíe por eso. Fue todo ello tarea de la propia señorita Miles. Lo cierto es que no creo que acertase al contratar a aquel jardinero. Últimamente, habían perdido bastante esas flores. No, no le recomiendo que hable de jardinería con él. Su labor allí dista mucho de haber sido buena, créame...

Así había sido la conversación. Drury Talbot aprendió en ella que debía controlar sus preguntas o se delataría. El error cometido al mostrar demasiado interés, un interés injustificado en apariencia, por un simple jardinero, podía tener enmienda, por haber sido con la señora Bingham. Pero debía tener cuidado en el futuro. Sobre todo, si como temía el excéntrico y sorprendente señor Bromfield, existía realmente un diablo, suelto por Wallcester.

Su falsa afición a la jardinería, salvó el bache, ahora, sabía que la señorita Miles tuvo un empleado, un mal jardinero los últimos días de su vida. Sería cosa de saber quién era y dónde podía hallarlo ahora. Por eso, no sería tan fácil de averiguar..., a menos que

recurriese a la propia policía, al día siguiente.

Apuró su café. Bostezó, mirando el reloj. Eran ya las once y media de la noche. Estaba cansado, aunque su hábito a trasnochar le permitía resistir de pie muchas horas de la noche. La señora Bingham se había ido ya a dormir.

Se puso en pie, abandonando el saloncito confortable destinado a la lectura, en la pensión familiar y hogareña de Laura Bingham. Se cruzó con Elsie la doncella, al salir del mismo, en el pasillo.

—Me voy a dormir —dijo—. ¿Puedes llamarme a las once?

—Claro, señor. —Elsie le contemplaba, todavía sorprendida quizá por su regreso—. Le llamaré puntualmente, puede estar tranquilo.

—Gracias —observó cómo la doncella se alejaba hacia el saloncito, contoneando su figura, que la seda negra marcaba provocativamente sobre todo en sus pechos y sus nalgas, de por sí bastante agresivas. Era una muchacha servicial y amable, pero miraba con demasiada fijeza, sobre todo a los hombres. Drury se preguntó si la ninfomanía sería una enfermedad contagiosa, dentro de la comunidad de Wallcester.

Estaba pensando en ello cuando otra mujer muy diferente apareció ante él. Se abrió la puerta de la pensión, y al hacer ella su aparición una exclamación de asombro acogió el encuentro de ambos.

—¡Señor Talbot! —exclamó ella, sorprendida—. ¿Usted aquí otra vez? Le suponía ya camino de Londres...

—Pues ya lo ve —sonrió Drury, apaciblemente—, aquí sigo. Y por unos días más...

—¿A qué es debido? Creí que le urgía contratarse de nuevo en Londres...

—Así era. Pero mi familia me ha hecho una transferencia. Me debían algún dinero hace tiempo. Eso me permite disfrutar de unas vacaciones... Y Wallcester parece el lugar adecuado, señorita Jackson...

—¿Usted cree? —dudó ella—. Me parece un lugar de lo más aburrido. Hoy no he tenido otro remedio que meterme en un cine y ver una película mediocre y lenta, de otro modo, no hubiera sabido en qué forma pasar la noche.

Drury la contempló con vivo interés. Belinda Jackson, huésped

también de la señora Bingham y a quien conociera en su anterior y breve estancia en la pensión, era una mujer cautivadora. Figura atractiva, elegante, juvenil y bien formada, un rostro agraciado, de rasgos suaves, de ojos grises e inteligentes, gafas de montura metálica, de vidrios livianos, que en nada le afeaban, y que incluso tal vez realzaban su peculiar encanto, una nariz recta, unos labios carnosos y una sonrisa fácil, formaban un conjunto tan armonioso como atractivo. Sus cabellos tenían una tonalidad rojo cobre y los llevaba graciosamente revueltos, en torno a su delicioso rostro.

—Bueno, a veces uno gusta de la vida tranquila e incluso aburrida, especialmente cuando ya se ha vivido demasiado tiempo una experiencia muy diferente, a base de viajes, ensayos, representaciones más viajes, y así siempre.

—Sí, tal vez tenga razón —admitió ella, dubitativa—, de todos modos, créame si le digo que cambiaría gustosa mi estancia aquí en estos momentos, por la que a usted le aguarda en Londres. Pero así es la vida. Supongo que no todos podemos pensar igual. Usted busca la calma después de vivir intensamente. Yo buscaría gustosa la vida intensa y excitante, cambiándola sin vacilar por la aburrida monotonía de mi trabajo de representaciones comerciales en provincias.

—La entiendo —sonrió Drury Talbot de buen humor—. Pero dudo mucho que encajase yo en un trabajo como el de visitar establecimientos, casi siempre regidos por señoras, para cantarles las excelencias de los sostenes, bragas y otras prendas íntimas femeninas, de la marca Luxury, que usted representa.

—Vistas así las cosas... —Belinda Jackson se echó a reír de buena gana—. Sí, me temo que cada uno tenemos inexorablemente asignado nuestro papel en la vida. Como Sucede en el teatro, ¿no es cierto? Yo tampoco resultaría una actriz, evidentemente.

—¿Por qué no? —protestó Drury—. Es bonita, tiene elegancia, atractivo... Sí, creo que tiene un rostro adecuado para ser una actriz dúctil y hasta con personalidad...

—Por favor, no diga eso —rechazó ella escandalizada—. Ni siquiera era capaz de recitar medianamente un verso en la escuela..., y sigo siendo lo mismo... ¿Cree que va a poder pasarse usted sin el teatro durante estas vacaciones, señor Talbot?

—No del todo. Trabajaré con los aficionados locales. Es un favor

que me han pedido.

—Prometo ir a verle cuando actúen —dijo Belinda.

—Bueno, parece que voy a lograr un lleno —rió Drury—. Eso irá bien para las obras benéficas de la ciudad... No la entretengo más. Hasta mañana, señorita Jackson.

—Hasta mañana, señor Talbot. Y... me alegro de que haya vuelto —dijo con repentino rubor, alejándose rápidamente hacia su habitación.

Drury se quedó mirándola fijamente. Valía la pena. Belinda tenía una bonita figura. Caminaba con gracia, airosamente, cimbreando su esbelto tipo. Talbot sacudió la cabeza, diciéndose que seguía viendo mucha mujer bonita en Wallcester, aunque alguna fuese forastera, como Belinda Jackson. Era un alivio, después de todo.

Y como confirmando sus pensamientos, descubrió en el saloncito a Elsie, la doncella. Tenía subida su falda hasta el muslo, como si algo le sucediera a su media oscura. La visión de sus bien formadas piernas, tenía algo de incitante, al descubrirse la franja sonrosada del muslo desnudo, junto al *slip*. Ella alzó la cabeza. Le miró burlona, desafiante, sin bajar la falda, asomó la puntita de su lengua entre los labios húmedos, en una clara provocación.

Drury estaba cansado. Pero había cosas que ningún hombre desearía, por cansado que estuviera. Permaneció quieto, manteniendo su mirada fija en la provocativa doncella.

Elsie se bajó la falda, puso el pie en el suelo. Caminó, recta hacia él. Contoneándose de tal modo, que sus pechos brincaban bajo la seda negra, y sus nalgas subían y bajaban rítmicamente, ceñidas por el vestido. Llegó junto a Drury. Le miró, desafiante, muy de cerca. Drury se aproximó más. Todo lo que le permitía el prominente torso de la doncella, disparado hacia adelante.

Sus manos fueron al encuentro de ella, acariciaron sus formas. Elsie se dejó. Sonrió con lascivia. Entreabrió la boca grande y carnosa.

—Acuéstese ya, señor —dijo, maliciosa—. Tiene que madrugar.

—¿Y tú? —preguntó Drury.

—Soy una doncella muy servicial —sonrió ella, hundiendo sus dedos acariciadores entre el cabello de Drury, que mesó con suavidad voluptuosa—. Le acompañaré, para poner en orden su dormitorio..., y así se encontrará más confortable en su cama.

Drury y ella echaron a andar. Ciertamente, era muy servicial. Se cuidó de demostrárselo a Talbot poco después.

* * *

—Las nueve, señor...

La voz de Elsie le despertó cuando se sentía infinitamente más cansado que la noche anterior. Y había motivos para ello.

Drury se incorporó, somnoliento, bostezando. La voz de la doncella llegaba a través de la puerta cerrada. Suspiró, respondiéndole con voz ronca:

—Sí, gracias. Prepáreme un café doble, por favor. Lo necesito.

—Enseguida, señor —sonó la voz irónica de ella—. ¿Descansó bien?

—Descansar... —Gruñó—. Bien sabes que no, diablillo...

—¿Puedo servirle algo más, señor? —insistió Elsie, melosa, pegada a la puerta.

—Sí. ¡Prepara ese café! —refunfuñó Drury.

Oyó el taconeo de Elsie, alejándose, tras una breve risita. Se miró en el espejo. No le gustó su aspecto. Después de asearse, no había mejorado mucho su visión personal, pero ya era más aceptable.

—Creo que no debí aceptar la oferta de Bromfield —gruñó el actor—. En Wallcester puede que ande suelto un diablo, pero lo que son diablasas, las hay por ahí a docenas.

Por fortuna, no todo había sido sexual en aquella complaciente noche de Elsie. La joven doncella de la pensión de la señora Bingham tenía además información abundante sobre muchas personas de Wallcester. Entre ellas, de la señorita Miles, del reverendo Holborn... e incluso de Spencer Hawkins.

No había sido difícil en los momentos de respiro, conducir la conversación por ciertos cauces que Elsie siguió de buena fe, de ese modo, se había enterado Drury Talbot, en aquella agitada noche, de tres cuestiones importantes, quizá más importantes de lo que a simple vista podían parecer:

Spencer Hawkins fue arrollado por un coche comercial, una camioneta cuyo conductor se dio a la fuga..., y que había resultado robada. Nadie identificó al conductor hasta la fecha.

Deborah Miles había contratado, ciertamente, a un jardinero. Eso había ocurrido sólo unos días antes, y el jardinero trabajaba sólo por las mañanas en la casa. Precisamente por la mañana, la señorita Miles se desnucó al caer al sótano, un peldaño de la escalera de mano se había roto o desprendido, eso no lo sabía bien Elsie. Y el jardinero era un desconocido, un joven y menudo forastero, procedente al parecer de un pueblo próximo a Wallcester.

El tercer punto, se relacionaba con la reciente muerte del reverendo Holborn. En la iglesia había un nuevo ayudante, el último domingo. Un muchachito pecosó, de edad indefinida, a quien Elsie nunca había visto antes de ese domingo, ni en la iglesia ni fuera de ella. El muchachito era quien activaba la campana y ayudaba en las tareas durante los oficios religiosos. Creía recordar que el reverendo le llamaba simplemente por el nombre de Clay.

Eran tres puntos importantes, estaba seguro. Su primer material para iniciar la investigación. Una investigación que, inevitablemente, tras la visita al Banco, para transferir a una cuenta personal las cinco mil libras de Bromfield, tenía que pasar por la policía, aunque fuese buscando un pretexto cualquiera para esa visita.

* * *

—¿Qué es lo que quiere exactamente, señor Talbot?

—No mucho, sargento. Sólo unos pequeños informes, si le es posible facilitármelos...

El sargento Hugh Wescott, de la policía local, contempló pensativamente a su visitante, como sopesando el alcance de esas posibilidades. Sin comprometerse demasiado, aventuró una respuesta ambigua:

—Depende de lo que se trate, por supuesto. No acostumbramos a facilitar informes a nadie, a menos que sea por motivos muy especiales. ¿Es usted periodista?

—Sólo en cierto modo —mintió con cínica frialdad Drury.

—Temo que no le entiendo.

—Quiero decir que mi verdadera profesión es la de actor. Pero ejerzo también como periodista en ciertas materias... e incluso colaboro en revistas especializadas de Londres y de otras capitales

europas. Éste es un asunto que podría darle bastante fama a Wallcester. Y a usted, sargento, en particular.

—¿A mí? —Era obvio que dentro del policía luchaban ahora dos sentimientos antagónicos. Por un lado, su prudencia profesional, por el otro, su humana vanidad—. Cada vez le comprendo menos, señor... Talbot.

—Es muy fácil, ahora escribo un reportaje sobre los accidentes más misteriosos e inexplicables sucedidos en Inglaterra en los últimos años, y Wallcester me ha facilitado material para tres casos concretos, que pueden figurar en esa lista.

—¿Tres accidentes? —El sargento Wescott enarcó las cejas. Luego asintió—. Oh, ya entiendo... ¿Se refiere a la muerte de tres ciudadanos en pocos días?

—Exacto. Spencer Hawkins, Deborah Miles y el reverendo Holborn.

—Debo admitir que ha sido una desgraciada coincidencia, pero nada más. Los accidentes distan mucho de ser insólitos, si exceptuamos el del reverendo..., atropellos y caídas, son las causas más frecuentes de accidentes hoy en día, señor Talbot.

—Verá, sargento... —Talbot se inclinó hacia el policía y disparó su artillería gruesa, tratando de pillar desprevenido al adversario—. Yo escribo sobre accidentes que *podieran ser...*, *asesinatos*.

Luego, apaciblemente, volvió a echarse atrás, contemplando los efectos y estragos hechos por su andanada. Ciertamente, el sargento Wescott parecía otro.

Le contemplaba con ojos desorbitados, súbitamente enrojecido su rostro saludable y casi a punto de estallar colérico, ante la directa y brusca insinuación.

—Un momento, señor Talbot —cortó hosco—. ¿Acaso sugiere usted que esos accidentes...?

—Sargento, por Dios... —sonrió beatíficamente Drury Talbot, como si estuviera en el mejor momento de la representación de su obra predilecta, ante una platea atestada de público fervoroso—. Yo no insinúo nada, por supuesto. Sólo aludo a cosas que *podrían ser*, no que lo fuesen. Es como un juego, ¿comprende? Una serie de divagaciones, de hipótesis, para demostrar al lector lo fácil que es a veces confundir un crimen con un accidente, y viceversa.

—Es que esas tres muertes, *no pueden* ser otra cosa que

accidentes, señor Talbot —manifestó secamente el policía.

—¿Por qué? —Mostró un ingenuo asombro Drury Talbot—. ¿Han arrestado ya al autor del atropello de Spencer Hawkins? ¿Quién era él, y cómo arrolló a Hawkins?

—No hemos cogido aún al hombre, pero hoy en día son centenares los automovilistas desaprensivos, que huyen tras cometer un atropello. Y más si antes roban el coche con el que causaron el daño; cosa tampoco demasiado nueva, por desgracia.

—En efecto, sargento, pero ¿qué interés tiene robar una furgoneta comercial, habiendo tanto turismo apetecible por ahí? ¿La mercancía era valiosa, tal vez?

—Cajas de botellas vacías —refunfuñó de mala gana el sargento—. Pero tenga en cuenta que se roba el vehículo simplemente para utilizarlo en algo, la mayoría de las veces. Luego se abandona, sea bueno o malo. El pobre Hawkins era un deficiente mental, y no se dio cuenta de que el coche se le venía encima. ¿Quién podría querer matar a ese pobre diablo?

—Dicen que era rico...

—Sí, lo era. Y sin familia, si va por ahí. Nadie gana nada con su muerte. El dinero de Hawkins, si no aparecen herederos más tarde, irá a parar a beneficencia.

—¿Lo mismo que el de la señorita Miles? —apuntó Drury al azar—. Creo que tampoco tiene familia...

—¿Qué pretende? ¿Acusar al Centro Benéfico de Wallcester de asesinato para cobrar la fortuna de sus víctimas? —se escandalizó el sargento Wescott—. Escriba eso en alguna parte y dará con sus huesos en la cárcel.

—Admito que es toda una ingeniosa posibilidad, pero no voy por ahí —sonrió Drury siempre tranquilo y sereno—. Me refería a que ambos eran ricos, sin familia...

—Y el reverendo Holborn tampoco tenía familia... —rezongó el policía—. Pero no poseía dinero ni bienes de fortuna en absoluto. ¿Eso rompe sus suposiciones?

—No. Simplemente, hace incongruentes las tres muertes, si fuesen provocadas.

—Me alegra que lo vea así. Es nuestra misma conclusión. No hay motivo para más.

—Ya. Supongo que el jardinero de la señorita Miles y el

ayudante nuevo del reverendo Holborn, el pecoso Clay, ya habrán declarado y estarán libres de toda sospecha... —apuntó ingenuamente Drury Talbot.

—Vaya, veo que ha averiguado muchas cosas ya, en el poco tiempo que lleva aquí —le estudió, cáustico, el funcionario de la policía local, desde detrás de su mesa de trabajo, en el despacho del cuartel de Wallcester. Luego, arrugó el ceño e inclinó la cabeza, como si algo no fuera de su gusto en todo aquello—. Debo admitir qué no nos hemos preocupado demasiado de ese aspecto de la cuestión, ya que las pruebas de que fue accidental su muerte son absolutas.

—¿Absolutas? ¿Cómo se rompió la escalera de la señorita Miles?

—Normalmente. Un peldaño roto, astillado por su mitad. La pobre mujer se precipitó abajo de cabeza. Hallaron su cuerpo al pie de la propia escalera, con el cuello roto.

—¿Pudo romperse el cuello de otra forma? ¿Por un golpe descargado por alguien, pongamos por caso?

—Señor Talbot, la situación era clara. ¿Por qué quiere inventarse fantasías?

—Sargento, recuerde que no quiero inventar nada. Sólo hablar de «posibilidades»...

—¡«Posibilidades»! —Se irritó el policía, dando un golpe seco en la mesa—. Clayton, el jardinero, ni siquiera la tocó. Nos avisó enseguida, nada más hallarla. Y el doctor Blair, nuestro forense, asegura que el golpe fue tal y como se veía...

—¿Clayton? ¿Es el jardinero de la señorita Miles?

—Sí. ¿Por qué?

—Clayton, el jardinero..., y Clay, el ayudante del reverendo. Curioso, ¿no?

—¿Qué es curioso?

—No sé... —sorprendido por su propio espíritu receloso, Drury sacudió la cabeza—. Me chocó. *Clay... ton*. Es muy parecido uno y otro, ¿no? ¿Se parecían los dos, el jardinero y el acólito del reverendo Holborn?

—Diablo, claro que no. Clay es pecoso, pelirrojo... Clayton es moreno, piel negruzca... Flaco uno, gordo el otro. ¿Qué es lo que está pensando, señor Talbot?

—Nada... —suspiró Drury, entornando los ojos—. Me gustaría

ver a esos dos chicos, sargento. Ya sabe, el relato directo y todo eso... ¿Dónde podría encontrarlos?

—Bueno, ambos viven fuera de Wallcester...

—¿Los dos? —Enarcó Talbot las cejas.

—Sí, eso es. Declararon aquí, cada uno en su momento. No pusieron problemas para ello. Luego, se fueron a sus casas. Clayton reside en Abberville. Clay, en Domfield... Distan poco de aquí, cosa de unas seis o siete millas cada lugar, aunque en diferente dirección. ¿Quiere sus señas exactas?

—Sí, por favor —y las anotó rápidamente cuando se las facilitó el sargento. Después, alzó la cabeza, guardando el papel escrito. Los azules ojos del sargento, sobre su nariz enrojecida y sus mostachos rojizos, estaban fijos en él, con un brillo astuto—. Ha sido muy amable, señor. Por cierto, ¿qué decía del forense? ¿El confirmó que los golpes eran accidentales en todos los casos... sin *ninguna* duda posible?

—Bueno, eso no lo dijo exactamente *así* —se molestó el sargento, atusándose los bigotes con un gesto ceñudo—. Pero corroboró que la señorita Miles pudo caer así, que el reverendo Holborn recibió encima de su cabeza la campana..., y que el pobre Hawkins fue arrollado por un coche, fatalmente. Cada cuerpo estaba como tenía que estar en un caso así. Nada sospechoso, nada fuera de lugar. Todo estrictamente normal y lógico.

—*Estrictamente* normal y lógico... Sí, sargento... —Drury Talbot se puso en pie, con un suspiro—. Evidentemente, si hay un asesino suelto por Wallcester... es muy cuidadoso en dejar todo a su paso con perfecta lógica y normalidad.

—Está hablando como si usted creyese que *hay* un asesino —dijo Wescott con enojo, poniéndose en pie.

—Sargento, hay algo que ni usted ni nadie puede impedirme, y es que yo *crea* lo que considere oportuno creer... —sonrió, encaminándose a la salida—. Gracias por todo, y hasta pronto. Pero evite que alguien sufra un accidente mortal en breve.

—¿Alguien? ¿Quién? —masculó el sargento.

—August Bromfield, por ejemplo... Parece que es el que sigue en la lista...

Y salió cerrando suavemente tras de sí.

CAPÍTULO IV

«ALGUIEN QUE NO EXISTE»

El doctor Blair escribió con rapidez en la receta.

—No veo nada malo en su salud, señor Talbot —confesó—. Pero si con frecuencia le da dolor de cabeza cuando estudia por las noches sus papeles teatrales, no creo que una simple aspirina sea suficiente. Los dolores son un poco por el esfuerzo mental, y un mucho por su estado nervioso. Mejor será que tome ese analgésico con sedante, una vez terminado el estudio y antes de dormirse. Despertará tan sereno como despejado, y conciliará bien el sueño. Sólo dos tabletas cada noche, durante la primera semana de esfuerzo intensivo. Luego, una. Y cuando los dolores remitan, no insista en medicarse hasta sentir de nuevo algún dolor. ¿Comprendido?

—Sí, doctor, gracias. —Talbot tomó la receta. Luego, miró al doctor Blair y le preguntó suavemente—. ¿Es usted el médico personal de la señora Bingham?

—Cierto. La buena señora Bingham... —Pareció gratamente sorprendido. Luego, reveló inteligencia al contemplar a su joven paciente—. Ya veo. ¿Se aloja usted allí?

—Exacto, doctor. Estuvimos hablando de la señora Miles, del reverendo Holborn...

—Oh, pobres... —Meneó afirmativamente la cabeza el médico—. Tuve que asistir a ambos cuando ya no era posible hacer nada por ellos. Fueron también pacientes míos... Dos infortunados accidentes.

—Tres, doctor.

—¿Tres?

—Sí. ¿Olvida usted a Spencer Hawkins?

—Bueno, es distinto... Spencer no fue paciente mío, salvo por sus epilepsias... Era un enfermo. Debieron haberle recluido, para que no peligrase por las calles. Ése fue un atropello, algo muy frecuente hoy en día.

—Lo sé. Lo atropelló un conductor desconocido. Creo que se precipitó sobre él de un modo tremendo. Le aplastó la cabeza, ¿verdad?

—Sí —suspiró el doctor Blair—. Hoy mismo hice la autopsia del infortunado reverendo. También a él le aplastó la cabeza la campana de su capilla. Se desprendió por el hueco del campanario cuando él estaba debajo...

—Usted, como forense, habría advertido si, realmente, hubo algo sospechoso en esas muertes, ¿no es cierto?

—¿Sospechoso? —El médico le miró con asombro—. Claro. Fueron eso: accidentes. ¿Qué otra cosa podían ser, señor Talbot?

—No sé. Pensé en un posible..., asesinato.

—¡Asesinato! ¿Se ha vuelto loco? Nadie podía desearles mal. Está claro que fueron muertos accidentales...

—¿Totalmente claro, doctor? ¿Hubiera sido *posible* que alguien rompiera la nuca con un golpe contundente a la señorita Miles, quebrando luego el escalón y depositándola al pie mismo de la escalera en la debida postura?

—Pero ¿cómo se le ha ocurrido semejante idea?

—¿Sería posible que *alguien* desprendiera intencionadamente la campana de la iglesia tras llevar allí al reverendo, ya inconsciente, dejándole bajo el impacto directo de la pesada piedra de bronce? Como forense..., ¿qué me respondería a eso?

El doctor Blair vaciló, indeciso. Iba a contestar cuando sonó el teléfono. Se disculpó, yendo al aparato y descolgándolo, alguien habló al otro extremo del hilo. El médico se limitó a asentir en varias ocasiones, fruncir el ceño y mirar en un par de momentos hacia Drury. Luego, dio secamente las gracias y colgó algo brusco.

—Señor Talbot, ¿de modo que está dedicándose a husmear por toda la ciudad, en busca de un sensacionalismo barato para alguna publicación? —le espetó rudamente—. ¿Es eso lo que le trajo aquí, y no su supuesto dolor de cabeza?

—Doctor, le aseguro que el dolor es cierto. Sólo que aproveché para...

—Salga inmediatamente de mi consulta, señor Talbot. Como forense de Wallcester, no estoy autorizado a darle a usted explicación alguna de mis conclusiones facultativas y...

—No se moleste, doctor —sonrió Drury—. Ya me voy. Pero puede llamar usted ahora al sargento, que imagino que es quien le llamó. Y dígame que acabo de darme una vuelta en taxi por dos pueblos cercanos, Domfield y Abberville. Por supuesto, ni Clay, el ayudante del reverendo, ni Clayton, el jardinero, residen donde dijeron. Ni nadie ha oído hablar de ellos jamás, en ninguno de los pueblos... Dígaselo, doctor. Seguro que la noticia va a sorprenderle muy agradablemente.

La puerta se cerró tras de Drury. El doctor Blair se quedó clavado, con gesto hosco, y una sombra de preocupación en sus ojos. Luego, se encaminó directamente al teléfono, descolgó y marcó un número.

* * *

Cálidos aplausos sonaron en la platea.

Drury Talbot se volvió hacia allí, tras terminar su escena con María Sinclair. Casi experimentó un alivio cuando logró apartar de sí la pegajosa proximidad de la actriz, primera figura de la formación *amateur*, a la vez que editora del *Wallcester Journal*. Como dijera la señora Bingham, parecía capaz de devorar a un hombre en cualquier momento.

Lo había captado en su modo de mirarle, en la impetuosa forma que tenía de abrazarle, con el pretexto de la pasión escénica, en su constante contacto físico con él, apretándose a su cuerpo con ojos brillantes y respiración entrecortada. Había llegado a notar su aliento anhelante, el temblor de su piel, la agitación de su seno, tal era el grado de excitación de la mujer.

—Eh, ¿qué inteligente público tengo hoy por ahí? —comentó Drury, deshaciéndose de la incómoda María Sinclair, para avanzar hasta las candilejas y tratar de ver más allá de la potente bombilla encendida tras el apuntador, en el escenario.

—Sus fieles admiradoras, Talbot —sonó la voz juvenil de

Vanessa Hunter, sentada en una de las butacas de rojo tapizado, junto a la también joven y atractiva Velda Symons, cruzada de piernas en la primera fila. Eso permitía admirar la belleza de sus pantorrillas y muslos, bajo la falda escocesa—. Está magnífico en esa escena, palabra.

—Digo lo mismo que Vanessa —aprobó Velda con vivacidad—. Es usted un actor excelente.

—No está nada mal, Vanessa —respondió Drury—. Ellos no son tan inteligentes, por desgracia. O quizá no son tan amables, me temo.

—No, Drury, la verdad —se familiarizó Vanessa, saltando al escenario—. Me gustó usted mucho, y ya no hablo como hombre: Esa escena la bordó, ¿no es cierto, María?

—Sí —la Sinclair devoraba ya virtualmente a Drury con los ojos—. Logró emocionarme.

—Tú te emocionas fácilmente con un tipo guapo a tu lado —rió de buena gana Vanessa. Miró a Drury y preguntó—: ¿Qué tal cree que está montada la obra?

—No está nada mal Vanessa —respondió Drury—. Tal vez un poco desordenado el movimiento de personajes en la fiesta del acto segundo, pero eso es fácil de arreglar, y hasta los profesionales se equivocan a veces al dirigir escenas así. ¿Quién ha hecho el montaje escénico? ¿Marta Sinclair?

—No, yo sólo actúo y hago publicidad de las representaciones —rió la ninfómana, aproximándose peligrosamente a Drury—. Es obra de nuestro genio teatral local...

—¿Quién?

—Valentine Saxfield, naturalmente —dijo una voz ampulosa desde la platea—, a sus órdenes, sin embargo, Talbot. Yo siempre me inclino ante un buen profesional.

Realmente, era un tipo notable. Drury pensó que Wallcester daba personajes pintorescos en abundancia.

Uno, había sido August Bromfield, su benefactor, el misterioso ser que creía en oráculos, el destino y la voz de los muertos y cosas así. Pero que pagaba sus caprichos en buenas libras esterlinas.

Otro era, sin duda alguna, Valentine Saxfield. Un tipo digno de salir a escena y no de quedarse dirigiendo entre bastidores.

Más tarde sabría que, además de director escénico del grupo

amateur de Wallcester, era también presidente del Centro Benéfico local, y propietario del teatro donde actuaban ahora, ensayando la obra que allí mismo representarían el sábado.

Sorprendentemente elegante, enjuto, impecablemente vestido de gris perla, con suéter negro de seda, de cuello alto, sobre el que pendían una cadena y una gran cruz de plata de forma extraña, acaso una vieja cruz pagana o de alguna orden medieval. En su mano, lucía un bastón delgado, de madera negra, con empuñadura de plata maciza. Llevaba larga melena, de un blanco deslumbrante, quizá no todo debido a canas naturales, y el rostro era flaco, inteligente y sensitivo, con agudos ojos negros.

Subió al escenario, estrechó la mano de Drury cordialmente, y dio un beso en la mejilla a María Sinclair, que parecía gustarle tan poco en su vecindad como al propio Talbot. Pero éste juzgó que por motivos diferentes, ya que María también miraba con evidente frialdad al sorprendente Valentine Saxfield.

«Cuando una ninfómana mira así a un hombre, no hay duda —se dijo a sí mismo Drury Talbot—. Valentine Saxfield es un homosexual».

Y estuvo seguro de que Vanessa leía sus pensamientos, o poco menos, porque la risa bailoteaba en sus ojos, mientras le contemplaba risueñamente.

—¿No le importa que montemos ahora de nuevo la escena de la fiesta? —pidió Saxfield, con su voz profunda y sus gestos amanerados, al joven actor—. Sólo están usted, María y Vanessa, pero podemos fijar lo más importante de la escena, antes de que los demás ensayen, aquí debemos esperar a que cada uno termine su trabajo cotidiano, para poder ensayar juntos. Gajes del amateurismo, Talbot.

—Sí, es comprensible. Ensayaremos esa escena, desde luego.

—Le ruego que me asesore usted —pidió Saxfield con una sonrisa—. Sólo soy un aficionado y usted habrá visto el montaje en Londres y otros sitios... Necesito su ayuda...

—No creo que necesite mucho, Saxfield, pero cuente conmigo para todo.

—Yo os dejo —suspiró Velda Symons poniéndose en pie perezosamente—. Tengo aún que desembalar todos los cuadros y esculturas que me enviaron desde Edimburgo, antes de que yo

llegase. Está todo almacenado, esperando que lo instale en el museo local. Ya va siendo hora de que haga algo de actividad... Os veré más tarde, si vais por el club antes de cenar.

—Sí, iré por allí —prometió Vanessa. Sonrió, guiñando un ojo a Drury—. Y procuraré llevarme enganchado a Talbot, si le convenzo para que me acompañe.

—No dejes de hacerlo —rió Velda—. Hasta luego, amigos.

Agitó jovialmente su mano y se alejó por la desierta platea, hacia la salida. En el escenario, continuaron los ensayos. Sorprendentemente, Valentine Saxfield demostró su versatilidad al representar el papel de una joven actriz local ausente en el ensayo. Vanessa se echó a reír. Drury no pudo por menos que sonreír también. Luego, aplaudió una vez ensayada previamente la escena.

—Bravo, Saxfield —aprobó—. ¿Por qué no sale a escena? Tiene madera de actor. Esa imitación ha sido excelente. Su voz, su tono, sus ademanes... Todo fue perfecto.

—Es muy amable, Talbot —rió a su vez Valentine Saxfield—. Pero la gente de Wallcester se escandalizaría si me viera en escena, en mi auténtica especialidad. Prefiero quedarme en la sombra, dirigiendo. Hay demasiado puritano por ahí.

—¿De veras? ¿Qué especialidad es la suya, en ese caso? —se interesó Drury.

—¡*Travesti!* —Saxfield soltó una carcajada, echando la plateada cabeza canosa atrás—. Me encanta vestirme de mujer, representar papeles femeninos... Viéndome en una de esas actuaciones, nadie diría que soy un varón copiando a una mujer. Disfruto horrores con esas cosas, pero en los ámbitos puritanos hay cosas que no se pueden hacer, mi querido amigo, usted lo comprenderá mejor que nadie, ¿verdad?

—Sí, creo que lo entiendo. —Drury asintió, pensativo, imaginándose en una sociedad de provincias a un hombre importante, como Saxfield, empresario, figura de la beneficencia local y persona de alto nivel social y económico, haciendo de *travesti*. Sería un total escándalo público, aunque en el fondo todos supieran lo equívoco que resultaba su conciudadano aun sin esos alardes.

Poco después, reanudaron el ensayo, y el amanerado Saxfield volvía a hacer gala de sus peculiares dotes de *travesti*, e incluso de

mimo. Pero la mente de Drury estaba en esos momentos lejos de allí. Estaba en un hombre rico que temía morir violentamente, en un sargento de policía que no creía en asesinos misteriosos, en un médico forense que se negaba a admitir anormalidades entre los tres accidentes. Y en *alguien* que no existía. ¿Clay, Clayton, el chófer de la camioneta robada... o *todos* a la vez?

Todos..., y ninguno. Un juego extraño e inquietante. ¿Tres asesinos... o *uno sólo* bajo tres apariencias?

¿Y la mujer rubia, de negro y gris, del bar de la estación? ¿Por qué llevaba ella una agenda consigo, donde había siete cruces para otros tantos nombres, cuatro de los cuales eran todavía simples iniciales, y tres pertenecían a otras tantas víctimas ya sin vida?

El cuarto nombre llevaba las iniciales A. B. *Podía* ser August Bromfield, claro. Los demás, eran pura incógnita.

De repente, recordó algo. *Iniciales...*

Le tocaba hablar en ese momento. Valentine acababa de darle su «pie», imitando a la actriz ausente. En vez de seguir la escena, Drury Talbot iba a decir algo.

En ese instante, ocurrió.

La voz llegó ruda, del fondo de la platea.

—¡Señor Drury Talbot!

Se interrumpió la escena. Todos se volvieron hacia allá, sobresaltados. Borrosamente, Drury captó una figura erguida en la puerta de acceso al patio de butacas. No era visible claramente, a causa de la escasa luz, pero conocía lo suficiente las voces para saber de quién se trataba.

—¿Sí? —Hizo un gesto de disculpa y fue hasta las candilejas, mirando al recién llegado—, aquí estoy, sargento Wescott. ¿Qué desea?

—Venga enseguida, por favor —pese a su cortesía, la voz del policía sonaba seca, casi hostil—. Lo siento, señor Saxfield. Necesito hablar con el señor Talbot. Más tarde seguirá su ensayo.

—Claro, sargento —admitió Valentine Saxfield, cambiando una mirada de extrañeza con Drury y Vanessa—. Seguiremos nosotros, Talbot. Vaya tranquilo.

Pero no fue fácil ir tranquilo. Drury temía una borrasca, por la razón que fuese. Y por nada bueno, ciertamente. La presencia del sargento Wescott allí, le había intrigado y preocupado, algo grave

sucedía, quizá.

Con esa idea llegó ante él, tras cruzar toda la desierta platea, ambos hombres quedaron mirándose. Wescott hizo un gesto hacia el exterior.

—Salgamos —pidió—. Es mejor hablar fuera, Talbot.

—Como quiera —siguió al policía al vestíbulo del teatro. Una vez allí, Wescott se volvió hacia él. Drury observó que había otros dos agentes uniformados en el exterior, junto a la puerta vidriera del teatro—. Y bien, sargento, ¿qué sucede?

—Eso quiero preguntarle yo, Talbot. ¿Qué es lo que sucede? Usted estuvo haciendo preguntas inoportunas al doctor Blair. Usted ha abierto una cuenta corriente en el Banco local, con un talón bancario al portador, firmado por el señor Bromfield, esta misma mañana.

—Creí que existía el secreto profesional en los Bancos para temas así —replicó secamente Drury.

—Existe, incluso en Wallcester. Pero he exigido ese informe con una autorización judicial.

—¿Por qué motivo? Tengo perfecto derecho a...

—Cállese, Talbot. Usted habló de un posible accidente número cuatro. Incluso citó a la persona que podía sufrirlo: el propio August Bromfield.

—¿Y qué?

—Que el accidente se ha producido, August Bromfield debía estar practicando uno de sus secretos ritos espiritistas. Encendía unos pebeteros de gas al hacerlo. Hubo una explosión. Se incendió su estudio.

—¿Y...?

—Los bomberos acudieron. Nosotros también. Era tarde. Lo encontramos muerto, abrasado.

—Abrasado... —repitió Drury Talbot, impresionado. Evocó al hombre del bar de la estación, a su benefactor de la noche antes, al ser que presentía la muerte. Y que no se había equivocado en ello—. Fuego... Infierno... El Diablo... Tal vez tuvo razón...

—No sé qué quiere decir con todo eso, Talbot, pero ¿quiere acompañarme al cuartel ahora? Tiene que explicarme muchas cosas... o le arrestaré por sospechas razonables.

—Sospechas razonables... ¿de qué?

—De asesinato, naturalmente.

CAPÍTULO V

¿ASESINATO?

Asesinato...

—Sí, eso dije, Talbot. ¿Le sorprende a usted que fue el primero en usar la palabreja?

—Lo que me sorprende es que haya bajado de su pedestal, sargento. ¿Por fin admite que los «accidentes» fueron simples asesinatos?

—No me refería a eso —cortó fríamente el policía—. Estoy hablándole, única y exclusivamente, de la muerte de August Bromfield. Si es asesinato, usted es el principal sospechoso, Talbot.

—¿Por qué yo?

—Ya se lo dije. Citó ese posible «accidente». Y tiene dinero gracias a un talón bancario del propio Bromfield, que no iba dirigido a su nombre, sino al «portador». ¿No son suficientes evidencias?

—Yo cobré ese talón esta mañana, a las nueve y media. ¿A qué hora ha muerto él?

—A las dos o las tres de la tarde, aproximadamente —gruñó Wescott—. ¿Dónde estaba usted en esos momentos?

—Regresando de Abberville, tras buscar infructuosamente a un jardinero llamado Clayton. El taxista me recordará, sin duda. La señora Bingham recordará que llegué muy tarde a comer. Y también una huésped, la señorita Jackson... Y Elsie, la doncella...

—Eso no es válido. Pudo regresar tarde, tras prender fuego al estudio de Bromfield, con él dentro. Miraré lo del taxista. ¿Recuerda quién era él? ¿Su nombre, su número de matrícula...?

—Lo siento. No recuerdo nada de eso, sargento. Era un taxista de edad madura, canoso. Es todo lo que sé.

—Aun así, pudo haber ido a Abberville, ir desde allí a casa de Bromfield con un vehículo propio que haya ocultado, una motocicleta, por ejemplo. Luego, volver a Abberville, y alquilar al taxista de vuelta. Resultaría una coartada convincente.

—¿Trata de enfocar el problema de la muerte de Bromfield como algo aislado, ajeno a todo lo demás que ha sucedido en esta ciudad, sargento?

—Demuéstreme usted lo contrario.

—No puedo todavía. Pero le diré algo: Bromfield sabía que iba a morir como los demás. Era el cuarto de la lista.

—La lista... —refunfuñó acremente el policía. Le miró fijamente—. ¿Qué lista?

—Ésta —súbitamente, Drury puso ante los ojos del policía la agenda, abriéndola por la página donde se veían alineados los siete números, las siete cruces..., y los cuatro nombres—, ahora, ya puede escribir otro nombre, a. B.: August Bromfield. Él no estaba muy equivocado al contratarme...

—¿Contratarle? ¿A usted? —Parpadeó el sargento—. ¡Bromfield no era ningún empresario teatral, Talbot!

—Ya lo sé. Me contrató para que evitara su muerte, si era posible. Pero él no creía que lo fuese. Por eso pensaba que era mejor intentar dar paz a su espíritu, hallando a la persona que le asesinará, a..., al Diablo, como él decía.

—Es una historia absurda. ¿Y por eso pagó cinco mil libras?

—Sí, a mí también me pareció absurdo. Puede preguntar al dueño del bar de la estación. Es posible que recuerde algo de esa entrevista anoche. Me pareció que escuchaba cuanto le era posible.

—Lo haré. Y esa agenda..., ¿se la facilitó él mismo?

—No. La encontré yo.

—¿Dónde?

—En el mismo bar de la estación, alguien la olvidó. Curioso, ¿no?

—¿Quién la olvidó?

—Una mujer. Vestía de luto, con abrigo gris, con pieles. Era rubia. No se molestó en interrogar sobre eso al del bar. No tiene ni idea de quién pudo ser.

—Es... es una lista. Con cruces —recitó lúgubrementes Wescott, examinando ceñudo la lista—. Están Hawkins, Deborah Miles, el reverendo... Sí, esas letras pudieran ser las iniciales de Bromfield. Pero ¿y los tres nombres?

—No sé. —Drury se encogió de hombros—. Mientras ensayábamos, se me ocurrió uno, para el quinto lugar. Sería el quinto cadáver, la quinta víctima, sargento.

—¿Qué nombre? —Se impacientó el policía.

—Valentine Saxfield. Encaja, ¿no? —suspiró cansadamente Talbot.

* * *

—Valentine Saxfield... Ese afeminado ciudadano, empresario teatral, benefactor público, posiblemente alcalde de Wallcester muy en breve, si todo le va bien... Dios mío, ¿podría ser él, Talbot?

—No lo sé, sargento. Sólo le expuse una posibilidad. No conozco a toda la ciudad. —Drury hablaba sin dejar de examinar los quemados restos de lo que fuera un complejo y abigarrado estudio, en el que había desde un esqueleto colgado de un muro, hasta negros cortinajes con signos nigrománticos, lechuzas y gatos disecados, mesas y tableros para el espiritismo, pebeteros de mármol, figurillas orientales, libros de magia y de ocultismo. Todo ennegrecido, medio irreconocible ya, muy dañado por el fuego.

En medio de tanto elemento esotérico y de tanto destrozo por el incendio y la previa explosión de los mecheros de gas de los pebeteros yacían otros muebles, y el cuerpo carbonizado, casi inidentificable, del infortunado Bromfield, tendido boca abajo sobre un gran linóleo con los signos zodiacales, medio quemado como todo lo demás.

—Se comprobó una fuga de gas al examinar la instalación —dijo un experto, mirando al sargento—. Tal vez eso causó la explosión. Los de la Compañía de Gas vendrán a examinarlo de un momento a otro...

Asintió distraídamente el sargento, mientras examinaba la agenda, y repetía para sí, como una obsesión:

—«Cuatro: A. B... Cinco: V. S... Seis: C. E. H...». ¿Por qué tres letras esta vez? Y «siete: M. S...». Dios mío, ¿qué significa esto?

¿Qué y quiénes pueden ser?

—¿Qué relación ve usted a Bromfield con los otros tres? —preguntó de súbito Drury.

—Ninguna —suspiró Wescott—. El sí tenía familia. En Gales, creo. Y también en Irlanda del Norte...

—¿Y con Valentine Saxfield, si fuese él realmente la quinta víctima? —sugirió Drury.

—Menos aún. Saxfield es la persona que menos puntos de semejanza tiene con nadie. Es un personaje absolutamente anárquico y original. Se le respeta porque tiene dinero e influencia. Pero también se le critica, se habla de él en las tertulias en voz baja, aunque de modo despiadado.

—¿Por qué?

—No sea ingenuo. O mejor dicho, no se lo haga, Talbot —se mostró malhumorado el policía local—. Usted ya habrá observado la clase de individuo que es Saxfield.

—¿Por afeminado, quizá por homosexual? No es suficiente motivo para que sea blanco de todas las críticas y comadreo.

—En Londres, quizá no. En Wallcester, sobra con eso. Pero hay más: a él le gusta en realidad hacer alarde de ello. Se sabe que a veces, en Manchester y en Birmingham, se ha vestido de mujer, ha actuado públicamente como un *travesti*. Tiene una rara habilidad para disfrazarse, para la caracterización y para fingir ser mujer, Talbot. Todo eso se sabe aquí. Y no contribuya a hacer de Saxfield ninguna persona respetable, aunque su dinero y su posición le mantengan poco menos que inexpugnable.

—En resumen... —Talbot se detuvo ante una de las figuras que Bromfield había dispuesto en la delirante decoración de su estudio: era un ídolo de ébano, con verdes piedras en sus ojos, algo más allá, una reproducción de la Esfinge egipcia parecía tan hermética como el propio misterio de las muertes «accidentales» en Wallcester. Sacudió la cabeza el joven actor y murmuró—: Repito que, en resumen, nada parece relacionar a unos con otros. Son cuatro personas dispares, diferentes entre sí, sin factor común aparente que las una o relacione. Y, sin embargo, las cuatro han sido muertas por la misma mano.

—Talbot, no hay la menor evidencia de eso —manifestó desabridamente el sargento Wescott.

—Lo sé. Pero también sé que Bromfield no pudo equivocarse. Él sabía que iba a morir. Y murió. Sus Oráculos no le fallaron. Su destino se cumplió.

—¿De qué habla?

—No, nada... —suspiró Drury, terminando de examinar la curiosa estancia—. Recordaba ciertas palabras, sargento. Eso es todo. Y pensaba... Pensaba en el alma de August Bromfield. En su espíritu atormentado, que no descansará en tanto no sea hecha justicia...

—¿Usted también cree en todas esas tonterías? —Mostróse Wescott lleno de escepticismo.

—No sé, sargento... Tengo que creer en algo, algo que no es completamente lógico, ni tangible, algo que está más allá de nuestro alcance, y que Bromfield podía ver con claridad...

—Diga lo que diga, Talbot, usted sigue siendo sospechoso, si se demuestra que esta muerte no fue accidental —le recordó secamente el sargento—, aún no ha podido probarme que sus cinco mil libras, obtenidas mediante un talón firmado por Bromfield, sean consecuencia de un pago por sus supuestos servicios...

—No importa —se encogió de hombros Drury, la mirada fija en aquel cuerpo abrasado, que los policías examinaban minuciosamente—. Sé que, de algún modo, el propio Bromfield dejará ese punto en claro...

—Bromfield está muerto. Ya no puede resolver nada por sí mismo.

—No esté tan seguro de ello, sargento. Él dijo que había dejado las cosas arregladas por si moría antes de que yo pudiera cobrar su cheque. Y estoy seguro de que así habrá sido...

Fuera, sonó un timbre telefónico, en algún lugar de la casa que Bromfield ocupaba en aquella zona residencial de Wallcester, no lejos de la carretera general a Birmingham. Tras un breve silencio, apareció un policía.

—Es para usted, sargento —dijo—. Le llaman del cuartelillo...

Wescott se disculpó con un monosílabo, y abandonó el estudio. Drury siguió contemplando en silencio el cadáver irreconocible de August Bromfield, el hombre que creía en el Más Allá y oía las voces de los muertos. Se preguntó si estaría ya en el mundo que él había conectado antes. Y también si sufriría, porque alguien andaba

suelto aún. Porque el «Diablo», como él decía, aún vagaba por Wallcester.

Wescott regresó, ceñudo. Se reunió con Drury y le estudió, malhumorado, antes de comentar agriamente:

—Era un informe del abogado de Bromfield..., al parecer, tenía un documento autógrafo de su cliente, para abrir cuando él muriese. Decía, entre otras cosas, que la persona que cobrase un cheque por cinco mil libras, podría hacerlo aunque él hubiese muerto, porque ese cheque era el pago de un servicio encargado por él, y que tenía que cumplirse por encima de todo... ¿Cómo diablos lo supo, Talbot?

Drury no respondió. Su mirada, fija en el cuerpo carbonizado, no pestañeaba. Su voz sonó ronca, estremecida:

—Tenía que cumplirse... por encima de todo... Sí, Bromfield. Lo intentaré. Palabra que lo intentaré con todas mis fuerzas...

* * *

La señora Bingham pestañeó, mirando muy fijamente a su cliente.

—¿Ha dicho usted..., *asesinato*, señor Talbot? —musitó, alarmada.

—Sí, eso he dicho —afirmó rotundo Drury Talbot—, asesinato, señora Bingham. Creo que ya va siendo hora de que a las cosas se las llame por su nombre en Wallcester, en vez de seguir fingiendo que no ocurre nada, que todo es normal, y que la vida en la comunidad transcurre plácidamente.

—¿Qué... qué quiere decir? —Parecía realmente asustada la patrona de la casa de huéspedes, al escuchar aquellas palabras.

—Señora Bingham, quiero que sepa que la policía empieza a albergar ya serias dudas sobre esos accidentes que han costado ya cuatro vidas. Entre otras cosas, porque el jardinero y el ayudante del reverendo Holborn, se ha demostrado que *no existen*. En sus supuestas ciudades natales, nadie ha oído hablar de ellos, y las direcciones que dieron eran absolutamente falsas.

—Pero... pero eso no tiene sentido... —murmuró con horror la buena mujer.

—Lo sé. En apariencia, es cosa de locos. Pero examinándolo

atentamente, no lo es tanto. Empiezo a creer que existe una persona, una sola, que está llevando a cabo un plan sistemático de muertes, de ejecuciones brutales e implacables, a las que siempre hace dar apariencia de accidente. Hasta ahora, el plan le resultó. Pero empieza a fallar por algún lado. Existe una lista, señora Bingham. Una lista con siete nombres que pueden corresponder a siete personas, de ellas, cuatro han muerto ya. Pero los muertos han de ser *siete*, si aceptamos esa lista por buena, y no hay razón para dudar de ello, ya que hasta ahora, se va cumpliendo punto por punto, y en el orden indicado, esa serie de muertes señaladas con una cruz.

—Una cruz... Muertes..., asesinatos... —La señora Bingham sacudió la canosa cabeza, muy pálida, poniendo ambas manos trémulas en sus mejillas—. Señor Talbot, por el amor de Dios, ¿es que está tratando de asustarme; o es sólo el ensayo de alguna escena de una de sus obras? No me gusta esta clase de bromas, créame usted...

—No es broma, señora Bingham —estaban ambos solos en el comedor de la pensión, y el sol entraba por la ventana, en aquella mañana apacible, apenas nubosa, pero sumamente fría—. He querido hablar con usted, pues es la persona que puede ayudarme.

—¿Yo..., ayudarle... en algo así? Cielos, pero ¿qué está diciendo?

—Usted conoce a mucha gente de Wallcester. Usted lleva aquí toda una vida. Habrá oído chismes, comentarios, murmuraciones... Señora Bingham, puede darme el eslabón que estoy buscando. Un eslabón que una cuatro nombres, acaso siete... ¿Quiere echar una ojeada a esta lista?

Puso ante ella la fotocopia de la página de la agenda, que el sargento Wescott se había quedado como evidencia. La buena mujer contempló, angustiada, aquellos nombres. Sobre la fotocopia, Drury había escrito con cuidada letra el nombre de August Bromfield, utilizando las iniciales previas, ya escritas. Hubo un tenso silencio.

Elsie, la doncella, entró a recoger unos servicios, y Drury perdió su mirada, durante unos segundos, en las curvas y nalgas de la joven, inclinada procazmente sobre las mesas. Pero estaba muy lejos de pensar siquiera en lo que veía, mientras la señora Bingham recorría atentamente las siete líneas.

Luego entró Belinda Jackson a desayunar. Saludó cortésmente, y Drury sintióse molesto por la posible interrupción. Pero la bonita pelirroja, tras una sonrisa luminosa dirigida a Drury, se acomodó en una mesa alejada, donde daban los tibios rayos solares, empezando a extender la mermelada sobre las tostadas.

—Dios mío, todo va en orden... —murmuró la señora Bingham, estremeciéndose. Habló en voz muy baja, pero aun así, fue audible en todo el comedor—. Murieron en ese mismo orden los cuatro... ¿Quiénes son los otros tres, señor Talbot?

—No lo sé aún. Son simples iniciales, ya lo ve: V. S., C. E. H., M. S... No me dicen mucho. Pero tengo una teoría. Hay una posibilidad.

—¿Sí? ¿Cuál? —se interesó ella.

—Valentine Saxfield... para el quinto puesto —silabeó Drury con tono grave—. ¿Qué me dice usted?

—¡Saxfield! —La señora Bingham dio un respingo y le miró con ojos de asombro—. ¿Es posible que él pueda morir?

—¿Por qué no? —Drury se encogió de hombros con fatalismo—. Todos podemos morir.

—Valentine Saxfield... —La señora Bingham movió la cabeza—. Mucha gente le desprecia o le odia. Otros le critican, a mí me parece un buen hombre, pese a todo.

—Quizá lo sea. Bromfield lo era. El reverendo Holborn, supongo que también. Eso no impidió que los asesinaran.

Belinda Jackson había oído las palabras de ambos. Enarcadas sus cejas, les miraba con enorme interés y sorpresa. Drury se dio cuenta de ello, pero no dijo nada. Estaba poniendo demasiada mermelada en su tostada, demasiado té en su taza, y demasiado limón en el té. Evidentemente, le atraía más la conversación que el desayuno.

—¿Por qué Saxfield? —se preguntó en voz alta la patrona.

—¿Por qué los demás? A eso iba, señora Bingham. La he molestado, por si usted podía ver algo que relacionara a esa gente..., algo que tuviera sentido, el que fuese... Y si podía darme algún nombre más... para rellenar esos espacios vacíos.

—Es una lista tan absurda... —La señora Bingham sacudió la cabeza—. No tiene sentido, señor Talbot. No tienen nada en común entre sí, se lo aseguro. Es un puro disparate. Y poner ahí a Saxfield,

todavía más... En cuanto a esas tres letras, el nombre único que tiene *tres* iniciales...

—¿Sí? —Drury la miró, impaciente, con repentina excitación—. Diga, por favor. ¿Le sugiere algo?

—Posiblemente, pero... es tan fantástico... Tampoco él tendría nada en común con todos los demás...

—Aun así... o quizá *por eso mismo*, señora Bingham, ¿en quién ha pensado?

—En... en el coronel Earl Huxley.

CAPÍTULO VI

LA QUINTA VICTIMA

—¿Coronel Earl Huxley?

—Sí. Yo mismo, señor...

—Talbot. Drury Talbot. Es un asunto urgente, señor. Necesito hablar con usted lo antes posible.

—Bien. Pase. Ya me iba, pero puedo demorar mi salida unos minutos... —Se hizo a un lado, y Drury entró en el edificio residencial, rodeado de jardines, en una de las mejores zonas de Wallcester. Él caballero alto, de cabellos canosos, bigote blanco, tez bronceada, como si hubiera pasado mucho tiempo en las últimas colonias del ya casi liquidado Imperio Británico, rígido como un estoque, solemne como militar que era, le precedió por un amplio pasillo de baldosas deslumbrantes, donde el sol se reflejaba con fuerza hasta un *living* amplio, suntuoso, de ricos muebles de nogal y chimenea victoriana.

Drury se acomodó, contemplando los numerosos grabados de escenas de la India, así como turbantes, lanzas bengalíes y otros recuerdos del Imperio, que confirmaban la primera impresión dada por el coronel Huxley.

—¿Oporto, *brandy*, té acaso...? —ofreció cortésmente el militar, en pie junto a un llamador en la pared.

—Nada, gracias —rechazó Talbot, sonriente—. Sólo deseo hablar con usted, coronel, acabo de desayunar y no me apetece cosa alguna.

—Como quiera —suspiró el militar. Se sentó frente a él, ofreciéndole cigarrillos de una caja que, evidentemente, había sido

hecha por artesanos hindúes. Tomó uno Drury, que encendió el suyo y el del coronel, antes de que la charla se iniciase—. Y bien, señor Talbot, ¿qué es eso tan urgente que tiene que decirme?

Drury le contempló a través del tenue humo de su cigarrillo. Eligió cuidadosamente las palabras, pero atacó el asunto por su parte más directa:

—Coronel, ¿usted conocía de algo a Spencer Hawkins, a Deborah Miles, al reverendo Holborn o a August Bromfield? —Fue su pregunta inicial.

Parpadeó el coronel, perplejo. Luego, sacudió la canosa cabeza, con un brillo de sorpresa en sus ojos grises y fríos.

—No a todos —confesó—, a algunos, muy superficialmente. ¿Por qué lo pregunta? Los cuatro están muertos.

—¿Lo sabía?

—Acostumbro a leer los periódicos —fue la seca réplica del militar—. ¿Qué trata de decirme, señor Talbot?

—Que usted podría estar en la lista.

Así de tajante. Incisivo, al grano. Y muy directo. Drury no estaba dispuesto ya a perder tiempo ni andarse con rodeos. En Wallcester hacía falta alguien que llamara a las cosas por su nombre.

—¿Lista? —Parpadeó el militar—. ¿Qué lista?

—La del asesino.

Nueva sorpresa y en el rostro curtido y severo. La disciplina castrense evitaba que las emociones se reflejaran con demasiada impetuosidad. Pero estaba perplejo e inquieto.

—¿Asesino? —repitió—. No comprendo... Fueron accidentes, ¿no?

—*Parecieron* accidentes. Hay indicios que prueban lo contrario. Coronel, todos murieron conforme a una lista. Por el mismo orden. La lista fue hallada. Creemos tener a la quinta víctima prevista. Y la sexta tiene tres iniciales:

C. E. H.

¿Entiende?

—Coronel Earl Huxley... —recitó lentamente el militar. No reveló temor o alarma. Se limitó a asentir despacio—. Entiendo, sí. Pero es disparatado. ¿Quién desearía matarme a mí..., y por qué?

—Es lo que trato de averiguar, coronel.

—¿Por qué usted? El sargento Wescott es el encargado de cosas

así...

—Es una larga historia, August Bromfield confió en mí para una misión: evitar en lo posible las restantes muertes. Y descubrir al asesino, si no podía evitarlas. Le ruego que vea esto, coronel.

El militar contempló la fotocopia de la lista, arrugó el ceño, al examinarla nombre por nombre. Luego, sacudió la cabeza, devolviéndosela a Drury.

—Podría ser yo —admitió—. Pero sigue faltando el motivo...

—Es curioso. Eso mismo sucedía con los demás. Falta el motivo. Y el eslabón que los pueda unir...

—¿Cómo obtuvieron esa lista? ¿Se la envió el asesino, acaso?

—No. El asesino la olvidó en un lugar. Fue un error, evidentemente.

—¿Sabe quién la olvidó?

—No. Sólo sé que fue una mujer. Una mujer que no era conocida.

—Una mujer... —El coronel sí reveló asombro ahora—. ¿Cómo es posible?

—No se sorprenda demasiado. Pudo ser un simple disfraz. Parece que el asesino tiene una especial habilidad en la caracterización, puesto que ya se hizo pasar por un jardinero, un acólito del reverendo y... —Se detuvo de repente, como si algo, una vaga idea, hubiera cruzado su mente. Pero enseguida la idea se difuminó, mientras añadía, ante la viva atención del militar—: Y también por un camionero que se evadió... Quizá igualmente se fingió empleado del gas en la residencia de Bromfield para provocar una fuga funesta... En fin, no sabemos mucho de la identidad de nuestro siniestro personaje.

—¿Y cómo pudo cometer el desliz imperdonable de olvidar su lista, cuando encubre tan minuciosamente sus crímenes con apariencia de accidente? —sugirió perplejo el coronel.

—No lo sé aún. Estamos buscando en la oscuridad. Pero si usted encaja en esas iniciales, debe protegerse, no confiar en nadie...

—Mi querido amigo, eso es imposible —rió suavemente el militar—. Según eso, tampoco debería confiar en usted ahora mismo. Usted podría ser el asesino.

—Cierto —se sorprendió Drury a sí mismo, y sonrió—. Según eso, debería vivir aislado, alejado de todo el mundo. Cualquiera

puede ser el asesino, coronel. Pero ahora, al menos, ya sabe que *puede* ser usted la sexta víctima.

—No tiene sentido que lo sea, pero... quizá tenga usted razón. Me cuidaré, no lo dude. Lo que siento es... es no tener nada que explicarle, ninguna idea que proporcionarle. Todo esto carece de lógica. Yo no tengo enemigos, que yo sepa. Los que tuve, quedaron muy lejos, al otro lado del mar, en un lejano continente... Pero aquí, en Wallcester... No, qué disparate. Hago una vida apacible, lejos de problemas, de enemistades..., casi en soledad salvo mis amigos del club... Y sólo hay un club en esta ciudad, donde nos reunimos todos, jóvenes o viejos, aunque en zonas separadas: el Club Social Benéfico que dirige el señor Saxfield...

—¿Saxfield? —Drury enarcó las cejas—. ¿Valentine Saxfield?

—Sí —sonrió irónico el militar, poniéndose en pie—. El mismo. ¿Le conoce?

—Le conozco —asintió Drury lentamente—. Y *podría* ser... la quinta víctima.

—¿El? —Se mostró pasmado el coronel Huxley—. ¡Eso es ridículo, señor Talbot! ¿Por qué desearía nadie matar a Valentine Saxfield, cuyo único pecado es ser... un poco raro?

—No lo sé —gimió Drury—. Pero encaja en esas iniciales, coronel. Y, por lo que veo, toda posible víctima es un puro absurdo, nadie se relaciona entre sí..., pero esas siete personas, por alguna razón que no entiendo, han de morir. Gracias de todos modos, coronel. Y recuerde esto: no se confíe. Recela de todo el mundo. Es lo mejor que puede hacer... si quiere seguir con vida. Buenos días, y perdone por todo.

—Al contrario, señor Talbot —estrechó su mano cordialmente—, agradezco su visita. Por absurdo que me parezca, tendré en cuenta su aviso. No me confiaré, esté seguro...

* * *

La tarde había variado bruscamente, hasta tornarse desapacible.

El frío se intensificó, el sol terminó nublado totalmente, y el aire se hizo gris y cortante. Los boletines meteorológicos pronosticaban nieve. Tal vez iban a tener en Wallcester unas Navidades blancas.

Terminado el ensayo, Drury y Vanessa salieron juntos a la calle.

El cielo tenía un color gris intenso, y la gente caminaba deprisa, con el cuello del abrigo subido.

—Sería una lástima que nevara el sábado —comentó la joven—. Eso podría mermar la asistencia al teatro... Saxfield confía mucho en la recaudación, para una serie de obras benéficas pendientes.

—Oh, el gran benefactor de Wallcester... —comentó Drury entre dientes, caminando con Vanessa a su lado, en dirección a una cafetería cercana—. ¿Siempre está pensando en hacer el bien a los demás, y dirigir todas las obras de beneficencia locales?

—Es su *hobby* principal —sonrió Vanessa—. Hay quien opina que está un poco chiflado, pero yo creo que realmente disfruta con eso. También he oído decir que no siempre fue así, y que, en su juventud, distó mucho de ser una buena persona. Educado en una familia puritana y rígida, al estilo Victoriano, heredó todos los prejuicios de la misma, y se comportó cruelmente con muchas personas.

—¿De veras? Nunca me lo hubiera imaginado así...

—Bueno, él aseguro ahora que todo fue culpa de su familia; un lastre que le inculcaron, y del que se liberó cuando estuvo lejos de Wallcester y se convirtió en... en el raro individuo que es ahora. Cuando regresó, era muy diferente. Claro que los años y las ausencias nos cambian a todos un poco, ahí tiene a mi amiga Velda.

Ella siempre fue jovial, alegre, divertida, mientras era niña, ahora, sólo piensa en sus ideas. Por cierto, ¿no hablábamos de las obras benéficas de Saxfield? Ésa es una de ellas.

—¿Cuál?

—Velda Symons en persona. No tenía medios para estudiar Bellas Artes ni para ser alguien en ese terreno. Saxfield financió sus estudios en Edimburgo. Lo que es ahora, se lo debe a su talento, claro está. Y también a la generosidad de Valentine.

—Admirable personaje nuestro amigo Saxfield —ponderó Drury—. Pero entonces... ¿por qué tendría que desear nadie su muerte?

—¿Qué? —Vanessa se volvió hacia él bruscamente, con gesto de asombro—. ¿Qué ha dicho?

Drury Talbot hizo un gesto de circunstancias. El aire soplaba gélido en aquella esquina, ante la cafetería. Tomó de un brazo a Vanessa y la hizo entrar en el confortable ambiente de la cafetería.

—Lo siento —dijo—. He sido muy brusco. Tiene que saber algo,

Vanessa... No estoy aquí solo por su obra teatral y todo eso. Lo cierto es que Bromfield me pidió un favor, y estoy intentando hacérselo. Él sabía que iba a ser asesinado. Como Hawkins, Deborah Miles y el reverendo Holborn.

—¿Asesinados? —musitó Vanessa, con estupor. Estaba levemente pálida—. Pero... pero fueron accidentes, ¿no...? ¿O es que acaso por eso el sargento Wescott vino ayer a buscarle al teatro y...?

—Sí, era ése el motivo. Hay un asesino suelto en esta ciudad. Trato de saber quién es. Me temo que sus próximas víctimas son Valentine Saxfield y el coronel Earl Huxley...

—Cielos, pero ¿por qué?

—No lo sé. Hablaremos de ello ahora, si le parece, amiga mía...

—No, mejor más tarde. Velda me estará esperando, y no estaría bien mencionar esas horribles cosas delante de ella... Oh, veo que no ha venido. No está por aquí... Es raro. Me prometió que estaría puntual. Y pasan ya diez minutos de la hora en que quedamos citadas en esta cafetería. Iba a mostrarme hoy sus obras de exposición... Tal vez haya tenido demasiado trabajo. Ni siquiera me contestó al teléfono... ¿Nos sentamos?

Drury asintió. Sobre las mesas de la cafetería, el Club de Beneficencia Social de Wescott, había diseminado Unas octavillas impresas, anunciando la próxima exposición de la gran artista de la pintura y la escultura, Velda Symons, patrocinada por la entidad que presidía Valentine Saxfield. Drury leyó uno de esos impresos mientras Vanessa tomaba asiento.

Valentine Saxfield y el
CLUB DE BENEFICENCIA SOCIAL DE WESCOTT
anuncian la Exposición de
Arte Moderno de nuestra genial
Velda Symons
Durante todos los días, en el
Museo y Sala de Exposiciones.

Velda Symons...

Las iniciales estaban muy destacadas, en letras mayúsculas

negras, contrastando con el resto de nombre y apellido: Velda Symons...

V. S... ¡V..., de Velda! ¡S..., de Symons!

—Dios mío... —Drury Talbot había palidecido repentinamente. Se volvió, excitado, a Vanessa Hunter, cuando la joven actriz aficionada no se había llegado a sentar aún. Ella le miró, sorprendida. Drury estrujaba entre sus dedos el impreso. Dios mío, Vanessa... ¿Cuándo telefoneó a Velda?

—Antes, desde el teatro... En tres ocasiones. No contestó. ¿Por qué lo pregunta?

—Velda... Me temo... Cielos, me temo que he cometido un error terrible... Dos iniciales me desorientaron, eso es todo... ¡Vanessa, tenemos que ir allá *enseguida*!

—Pero... ¿adónde? —quiso saber la joven, sorprendida y alarmada.

—¡A casa de Velda, al museo, adonde sea! —jadeó Drury, tirando de ella hacia la salida de la cafetería, ante el asombro general—. ¡Es cuestión de vida o muerte, vamos pronto! Usted debe saber dónde están uno y otro sitio... ¡Guíeme, Vanessa, o tal vez sea ya demasiado tarde!

Cuando salieron a la calle, el aire era más frío que nunca, y el cielo plomizo presagiaba la proximidad de la nevada. Tras un momento de vacilación, Drury detuvo un taxi, y consultó con la mirada a Vanessa. Ella dio una dirección, la primera que acudió a su mente: era la de la actual vivienda de Velda Symons, un pequeño *bungalow* en la nueva zona residencial de Wallcester.

Pero allí nadie respondió a su llamada. Drury rompió una ventana, sin miramientos, y ante el estupor escandalizado de Vanessa, que en vano pretendía saber algo del excitado Talbot, penetró en la casa, regresando seguidamente muy pálido, para exclamar, ronca su voz:

—¡Vamos, hay que ir al museo-exposición, pronto! Tal vez estemos perdiendo un tiempo precioso.

El taxi alcanzó pronto el museo. Para consuelo de Drury Talbot, no habían perdido demasiado tiempo. Ni tampoco hubiera conseguido nada práctico descubriendo antes la insospechada verdad.

El forense de Wallcester, el doctor Blair, confirmó que Velda

Symons, la joven artista que regresara de Escocia con sus cuadros y sus esculturas, para exponer su obra en su ciudad natal, llevaba muerta más de tres horas cuando encontraron su cadáver.

Drury Talbot y Vanessa Hunter la encontraron en la sala de exposiciones, con una de sus abstractas esculturas de piedra y hierro, abatida sobre su cuerpo. Una de las piezas de puntiagudo metal de la obra artística habíase hincado profundamente en su pecho, atravesándole el corazón de modo fatal. La muerte debió ser instantánea. La sangre empapaba sus ropas sobre los juveniles senos. El rostro, bajo la rubia cabellera, reflejaba una increíble, tremenda expresión de horror y sorpresa.

La quinta víctima del asesino de Wallcester, nunca había sido Valentine Saxfiel, sino Velda Symons...

Un simple error en las iniciales V. S., había bastado para condenar fatalmente a otra persona, sin que Drury sospechara el peligro que corría la joven artista.

La lista de los siete muertos, estaba tocando a su fin. El Mal seguía suelto por las calles de la ciudad.

Drury Talbot pensaba en todo eso, mientras un coche-patrulla llegaba al edificio de exposiciones, haciendo sonar su sirena bajo el cielo plomizo, del que empezaban ya a caer, muy lentamente, pequeños copos de nieve.

CAPÍTULO VII

EL ASESINO DE LOS MIL ROSTROS

La ambulancia se alejó con el cadáver. La nieve empezaba a cuajar en las zonas verdes de la urbe, en los salientes de las fachadas y sobre los árboles de las avenidas.

Drury Talbot regresó lentamente al interior del edificio perteneciente a la entidad benéfica local. Vanessa estaba silenciosa y abatida, en un rincón de la amplia galería que conducía a la sala de exposiciones. No lejos de ella, Valentine Saxfield, pálido y nervioso, charlaba con el sargento Wescott. Los agentes a las órdenes de éste recorrían el recinto, en busca de indicios. Y en la calle, nutridos grupos de curiosos cuchicheaban sobre lo ocurrido en el lugar.

—Drury, es horrible —gimió Vanessa, mirándole con ojos angustiados.

—Lo sé —se estremeció Talbot—. Es la segunda vez que me enfrento a la muerte. Primero fue Bromfield. Empiezo a sentirme terriblemente acostumbrado a todo esto. Es como si, realmente, estuviera predestinado a moverme por entre el crimen y la sangre como pez en el agua. Bromfield no se equivocó conmigo.

La mano de Vanessa buscó la suya instintivamente. Estaba helada. Drury la apretó con fuerza. Recordó a la joven Velda, su deseo de sentarse en la primera fila a ver la representación del sábado, el momento en que bajó del tren, con su falda escocesa, su aire juvenil, lleno de vitalidad...

Todo eso había terminado. Drury aproximóse a Vanessa. Ella sollozó, aferrándose de pronto a él, buscando acaso su protección.

El joven actor la oprimió contra sí, acarició sus cabellos, de suave color miel.

—Calma, calma, Vanessa... —susurró suavemente—. Estoy yo aquí, ten serenidad... No temas nada. No puede ocurrirte nada a ti. Tus iniciales no coinciden con ninguno de los nombres de la lista...

—La lista... ¿Qué lista, Drury? —sollozó ella, pegada a su pecho.

—Es largo de contar. Pero tienes que saberlo. Vamos de aquí. Ya nada podemos hacer en este lugar, desgraciadamente. Tu amiga ya no expondrá jamás sus obras, salvo a título póstumo... En mala hora regresó de Edimburgo... para encontrar aquí la muerte.

—Pero, pero todo parece tan accidental, tan... tan casual, Drury...

—Sí, es la técnica del asesino... Siempre parece un accidente, un hecho casual... Pero no lo es. Hay un diablo en Wallcester, como decía Bromfield. Un diablo humano, planeando fríamente una serie de muertes que parecen absolutamente estúpidas. Muertes que no tienen aparente sentido... ¿Qué relación podía tener Velda Symons con una serie de personas que continuaban viviendo en Wallcester, si ella acababa de regresar, tras muchos años de ausencia en Escocia? Es un rompecabezas donde no encajan las piezas, por muchas vueltas que se les dé. Tal vez sea mejor que hablemos de todo ello en un sitio tranquilo, Vanessa. Va siendo hora de que sepas, realmente, por qué me quedé en esta ciudad...

—¡Un momento, Talbot! —Sonó la voz del sargento, cuando se encaminaban a la salida—. ¿Puede venir un momento?

—Sí, claro —dejó a Vanessa en la puerta, y regresó junto al sargento, que había dejado de hablar con Saxfield. Éste, jugueteando con su singular cruz de plata, apoyado en su delgado bastón, padecía meditar, muy impresionado, intensamente pálido su rostro—. ¿Qué sucede, sargento?

—Es algo que ha averiguado el señor Saxfield, a través del conserje de este recinto —explicó el policía—. Está prohibido entrar en la exposición mientras se instalan obras para exponer, por una elemental medida de seguridad para lo expuesto. Pues bien, esta misma tarde vino alguien que sí pudo entrar en las galerías sin ser molestado.

—¿Quién?

—Valentine Saxfield en persona —dijo inesperadamente el

sargento Wescott.

—¿Quién dice? —Dio un respingo Drury Talbot.

—Lo que ha oído: Valentine Saxfield. El conserje me lo ha confirmado. También un comerciante del otro lado de la calle le vio entrar, con su inconfundible bastón, su melena blanca plateada, su indumentaria gris y negra, su brillante cruz de plata... Era él, sin lugar a dudas. Pero Saxfield lo niega rotundamente.

—¿Niega que estuviera aquí hoy? —Drury miró de soslayo al afectado personaje.

—Por completo. No puede demostrar que estaba en su casa, con dolor de cabeza, descansando. Pero él no estuvo aquí. Lo jura y lo perjura. No entiende lo que sucede.

—Yo empiezo a entenderlo, sargento —murmuró Drury lentamente—. ¿La hora en que se supone que Saxfield estuvo aquí... pudo coincidir con la hora de la muerte de Velda Symons?

—En efecto —asintió, grave, el sargento Wescott.

—O bien Saxfield es sumamente astuto y nos engaña a todos... o el asesino tiene mil caras, sargento.

—¿Qué quiere decir? —refunfuñó el policía, desorientado.

—Recuerde: el camionero desaparecido, el jardinero Clayton, el acólito Clay, el empleado del gas en casa de Bromfield... Y ahora, Valentine Saxfield en persona, cuando él jura que no es cierto que estuviera aquí. ¿Qué le sugiere eso?

—Pero... pero nadie podría engañar con una suplantación así...

—¿Por qué no? Recuerde también a una mujer rubia, en la estación, olvidando una agenda muy particular...

Una mujer a quien nunca había visto el dueño del bar. Y que no subió al tren de las veinte horas. Yo no vi subir a nadie a ese tren, y estuve en el andén todo el tiempo. Una mujer, varios empleados, gente que no existe eh realidad... porque el asesino interpreta todos esos papeles, incluido el de Saxfield.

—Suponiendo que no fuese el propio Saxfield —señaló secamente el sargento en voz baja, mirando con recelo al amanerado personaje—. Recuerde que nadie como él para cosas de *travesti*, para disfraces, caracterizaciones y todo eso. ¿O es que no lo sabía?

—Sí, lo, sabía —frunció el ceño Talbot, pensativo—. Pero no había vuelto a recordarlo. Sin embargo... Saxfield... ¿por qué?

Había pensado en él como víctima, no como presunto culpable...

—Por primera vez, Talbot, hay una respuesta plausible para esa pregunta de «¿por qué?».

—¿La hay? —contempló sorprendido al policía—. ¿Cuál, sargento?

—Recuerde a varias de las víctimas... No tenían familia. Habían testado en favor del Centro Benéfico de Wallcester... En suma: esas muertes, hacían ingresar millones en las arcas de la obra benéfica presidida y administrada por el propio Saxfield... Y ahora... tal vez le interese saber que *ahora*, según me consta, la muerte trágica de Velda Symons le supone a Saxfield y su entidad la herencia de *todas* las obras de arte, así como todo el dinero que la muchacha ganó o pueda ganar en el futuro con su creación, en agradecimiento, según parece, a lo que Saxfield hizo por ella, para darle una carrera y un éxito en su vida. Otras muertes, nada representan para Saxfield, pero ¿por qué no cometer más crímenes dé los necesarios, para desorientarnos a todos?

Drury Talbot no dijo nada. Volvió a mirar al inquieto Valentine Saxfield, y sacudió la cabeza, alejándose del sargento, para reunirse con Vanessa.

—Vamos —pidió a ésta roncamente—, acabo de averiguar algo que, tal vez, altera totalmente el caso y sus circunstancias.

—¿Qué es, Drury?

—Acabo de descubrir, por vez primera, que es posible, en la retorcida mente de un ser humano, llegar hasta el extremo de cometer asesinatos inútiles y absurdos, matar innecesariamente a personas elegidas al azar tal vez, sólo para ocultar un verdadero móvil en otros crímenes absolutamente precisos. ¿Concibes algo más monstruoso y terrible, Vanessa?

Ella le contempló con expresión alucinada, como si no pudiera imaginarse algo tan espantoso, tan increíblemente cruel e inhumano. Luego susurró:

—¿Es que acaso..., acaso se sabe ya *quién*... quién lo hizo?

—No. Pero existen, cuando menos, sospechas hacia una persona capaz de tener mil rostros diferentes y representar otros tantos papeles sin dificultad, para despistar a la policía.

—¿Qué persona es ésa?

—¿No lo imaginas? ¿Conoces a alguien capaz de disfrazarse de

hombre, de muchacho, de mujer, y poder engañar a todos fácilmente?

—Dios mío... —Se estremeció Vanessa, no se sabía si por la idea que pasaba por su mente, o por el gélido frío que acompañaba el inicio de la nevada sobre Wallcester—. ¿Hablas... hablas de..., de Valentine Saxfield?

—Sí —murmuró Drury lentamente—. Hablo de Valentine Saxfield, exactamente.

* * *

Drury tenía unas atentas oyentes en las tres mujeres.

La señora Bingham, Belinda Jackson y Elsie, la doncella, escuchaban de sus labios las trágicas novedades de aquel día, una vez concluida la cena en el familiar comedor de la casa de huéspedes.

Una expresión de incrédulo horror asomaba a los tres rostros de mujer. Drury estaba relatando ahora la verdad sobre su estancia en Wallcester, el legado que le hiciera Bromfield cuando aún disfrutaba de vida, y todo cuanto conducía ahora a la policía a sospechar de Valentine Saxfield como presunto culpable, aunque todavía no se había dictado orden de detención contra él.

—Las últimas noticias son de que la vivienda del coronel Earl Huxley está vigilada constantemente por dos agentes de policía. Y otros dos, vigilan la casa del séptimo y último personaje de la siniestra lista del asesino.

—¿Es que se sabe ya quién es ese último personaje? —pregunto la señora Bingham, con un suspiro.

—Se sospecha, simplemente —murmuró Drury con la mirada distraída, vagando por el confortable, hogareño comedor de la casa, mientras afuera se veían descender, lenta e inexorablemente, los copos de blanca nieve sobre la ciudad.

—¿María Sinclair, tal vez?

Drury levantó la cabeza, mirando con expresión de sorpresa a su patrona.

—¿Cómo lo supo? —preguntó—. Yo no he dicho nada aún...

—Estuve pensando en esa lista, en esas iniciales... Recordé a la pobre señorita Miles, que también pertenecía al grupo artístico local

—habló con calma la señora Bingham—. Y pensé enseguida en esas letras... M.

S. Enseguida

me vino a la mente María Sinclair.

—Tal vez el asesino fue seducido por ella alguna vez —comentó sardónicamente Drury, encogiéndose de hombros—. Sería una bonita venganza.

—Por Dios Talbot, ¿cómo puede bromear con esas horribles cosas? —murmuró angustiada Belinda Jackson, con los ojos muy abiertos.

—Perdone, pero si no bromeo de vez en cuando, acabaré aplastado por el peso de la sangre, de la tensión, de los nervios..., de todos modos, confío en que la pesadilla haya terminado, al menos en lo relativo a los asesinatos...

—Pero si todo el mundo decía que eran accidentes... —señaló Elsie, la doncella, con tono medroso.

—A veces es fácil fingir un accidente cuando se desea matar a alguien. Pero es más difícil fingir siete accidentes para siete asesinatos. El asesino, evidentemente, tiene imaginación, sangre fría, audacia e ingenio.

Así ha llegado a culminar casi totalmente su plan criminal.

—Pero todo plan criminal tiene un motivo, Talbot —apuntó Belinda, perpleja—. Yo no logro vérselo a todo esto...

—Yo tampoco. Sólo existe una posibilidad.

—¿Cuál? —se interesó la señora Bingham ávidamente. Sin duda, estaba preparando todo su material para los comadreos del día siguiente en el mercado y en las tiendas de la vecindad.

—Dinero. Herencia de millones, legados...

—¿Para quién? —musitó Elsie, con sus grandes pechos inclinados sobre una mesa, no lejos— de Drury Talbot.

—Para Valentine Saxfield, naturalmente. Dinero de personas ricas sin familia, que lo dejaron todo para la beneficencia local que él administra. Es todo un motivo, ¿no?

—Pero... pero no todos los muertos estaban solos en el mundo, ¿no? —alegó la señora Bingham.

—No, no todos —admitió Drury.

—¿Entonces? —sugirió Belinda Jackson—. ¿Para qué matar a los que nada le beneficiaban con su muerte?

—Ése es el detalle terrible de este caso, señorita Jackson —suspiró Talbot—. Se supone que llegó a matar a personas absolutamente innecesarias. Trataba de desviar sospechas. Si fallaba la coartada de los accidentes, quedaría la posibilidad de pensar en un maníaco, en una lista de víctimas hecha al azar. Pero en este caso nunca hubo nada dejado al azar. Se calculó todo minuciosa, fría, deliberadamente.

—La familia Saxfield siempre fue fría, retorcida y malvada, por su propio puritanismo y sus prejuicios —comentó la señora Bingham, explicándoselo a Belinda—. Pero nunca imaginé que Valentine, hoy en día, pudiese haber heredado algo de todos ellos.

—A veces, esas taras familiares tardan en salir a la superficie, señora Bingham —murmuró Belinda, abstraída, levantándose de su mesa—. Una vez conocí a un muchacho maravilloso, educado, simpático... Nos hicimos muy amigos. Un día intentó violarme, se portó brutalmente conmigo, y tuve fortuna en huir de él a tiempo. Nadie se explicaba eso, hasta que luego se descubrió que su padre llevaba años recluido en una clínica psiquiátrica de Glasgow, víctima de una psicosis agresiva, por desviaciones sexuales. Su hijo había parecido absolutamente normal hasta el día en que su tara familiar hizo acto de presencia. Fue una experiencia desagradable, difícil de olvidar. Desde entonces, no me fío nunca de nadie.

—¿Ni siquiera de mí, señorita Jackson? —sonrió Drury, saliendo de su abstracción—. Iba a invitarla ahora a tomar algo en el Club de Beneficencia local. Los forasteros me han dicho que pueden entrar allí, al igual que los socios locales. Con esta nevada, la ciudad tiene un bello aspecto en la noche, y el frío ha remitido bastante. No me siento con ánimos de dormir ahora, con los nervios pasados en este día.

Elsie, la doncella, le miró con gesto de reproche, hizo un ademán desabrido, de claro despecho, y salió del comedor, llevando en la bandeja los servicios recogidos.

Belinda sonrió, mirando a Drury Talbot con un destello irónico en sus bellos ojos.

—No sé... —murmuró—. Pensaba acostarme, pero tiene usted razón. Después de haber oído su historia, creo que tendría malos sueños, acepto su invitación, Talbot.

—De modo que se fía de mí... ¿No le parezco un posible sádico,

un maniaco sexual o algo parecido?

—No, usted no —rió Belinda de buen grado—. Sería terrible llevarme otra decepción. Pero vale la pena probar. Estoy harta de hablar con mujeres para convencerlas de que a su línea le convienen los sostenes y bragas «Luxury», o la faja especial para obesidad. Será como una desintoxicación. En un momento estaré.

Talbot asintió, mientras ella salía del comedor. Sonó el teléfono. La señora Bingham se acercó a él, atendiéndolo. Luego, se lo extendió a Drury.

—Es para usted —dijo—. Llama al sargento Wescott.

—Gracias —tomó el aparato—. ¿Sí, sargento?

—Talbot, he interrogado esta misma noche a Valentine Saxfield, en estas dependencias —explicó la voz inconfundible del funcionario de la policía local—. No ha admitido acusación alguna, por supuesto. Se ha mostrado muy entero, muy seguro de sí. Dijo que sólo hablaría ya en presencia de su abogado, si es que quería presentar acusación formal contra él, de momento, he optado por esperar un poco más, y le dejé partir.

—Entiendo, sargento —asintió Drury—. ¿Eso tiene algún interés especial para mí?

—Tal vez lo tenga, puesto que se tomó tan en serio su trabajo en memoria de August Bromfield —el sargento hizo una corta pausa—. Creo que le interesará saber que Valentine Saxfield ha intentado suicidarse hace sólo unos momentos.

—¿Qué? —boqueó Drury, atónito, sintiendo un brusco estremecimiento.

—Es mejor que no diga nada a nadie, de momento, está a salvo, en el hospital, y no se permiten visitas. Todo esto se ha mantenido secreto, pero unas pocas personas se enteraron de ello porque fueron los que le encontraron exánime, bajo los efectos de un veneno.

—¿Quiénes son esas personas?

—Vanessa Hunter, María Sinclair y el criado del propio Saxfield. Pero todos ellos han prometido mantener secreto el hecho, para no provocar más escándalos en la ciudad, momentáneamente. Y el doctor Blair lo sabe también, por supuesto.

—¿Hay alguna posibilidad de que también sea...?

—No, ninguna. Ya le entiendo, Talbot. Es un intento de suicidio

claro y concreto. El propio Valentine Saxfield, al ser conducido al hospital, tuvo un momento de lucidez y confesó haber ingerido el tóxico. Dijo cuál era, y eso ha facilitado las cosas a los médicos. Parecía asustado de su propia acción, tenía verdadero miedo a la muerte, Talbot.

—Comprendo, de modo que es riguroso secreto.

—Sí, es preferible así, al menos, por el momento.

—Entiendo. Ya llamaré más tarde, para ver cómo va todo, Gracias, sargento.

Colgó, todavía impresionado, profundamente pensativo también. La señora Bingham, curiosa, le observaba desde el fondo del comedor, de regreso ya de la cocina, y pendiente de sus palabras, que Drury había procurado fuesen lo más abstractas posible, para no dar a entender cosa alguna sobre el intento de suicidio de Saxfield.

—¿Algo nuevo, señor Talbot? —preguntó la buena mujer—. ¿Problemas?

—Bueno, cosas previsibles, después de todo —eludió cautamente Drury Talbot, encogiéndose de hombros, cuando ya Belinda Jackson, envuelta en un atractivo impermeable color naranja, y un gorrito plástico de igual color, salía de su habitación, con su más seductor aspecto, dispuesto a aceptar su invitación.

Drury tenía ahora su mente muy lejos de la pensión de la señora Bingham, de los indudables atractivos físicos de Belinda Jackson, y hasta del deseo anterior de pasar con la joven representante comercial un rato de expansión amable, bajo la nieve de la noche invernal. Pero también era cierto que no podía ahora defraudar a la muchacha, negándose a salir. Ni le era posible hacer cosa alguna en favor del misterioso Saxfield, ni de persona alguna.

De modo que, con su mejor sonrisa y su aire más risueño, alejó de sí toda sombra de preocupación, se despidió con un gesto de la señora Bingham, y fue a reunirse con la joven Belinda, cuyo brazo tomó jovialmente, echando a andar hacia la salida.

—Vamos, mi querida amiga —comentó, risueño—. La noche y la ciudad son nuestras.

Ella rió de buena gana, y ambos jóvenes abandonaron la pensión, bajo la mirada apacible de la patrona, que meneó la cabeza, murmurando plácidamente:

—Ah, la juventud... Siempre es la misma, ocurra lo que ocurra en este mundo. Gracias a Dios, desde luego...

Y apagó las luces del comedor, dando por terminada la tarea de su jornada habitual.

Elsie, por el corredor, era una sombra de rencor y de despecho, tras la ausencia de Drury Talbot con la huésped de los cabellos rojos.

* * *

La noche era ciertamente hasta poética. Si las preocupaciones de Drury Talbot, al caminar con Belinda bajo el cielo del que descendían los blancos copos, hubieran sido menores, evidentemente hubiera disfrutado de ella en su plenitud. Pero mientras sus pies hollaban el blanco, crujiente elemento que convertía Wallcester en un paraje de rara belleza deslumbradora, su mente iba por lejanos vericuetos, inevitablemente absorbida por la sombra de los últimos y trágicos acontecimientos en Wallcester.

Pese a ello mantenía una charla coherente con Belinda Jackson, charla que se prolongó hasta el propio club, donde tomaron unas copas, bailaron música suave, y hasta tomaron unos emparedados, cercana ya la medianoche.

Belinda no le perdía de vista, mientras apuraban su frugal tentempié, en la sala del local social, propiedad del Centro de Beneficencia de Wallcester. En suma: propiedad también de Valentine Saxfield, cuya suerte ignoraban los propios empleados y socios del Club en estos momentos.

—Drury, está preocupado por algo, ¿no es cierto?

Talbot salió de su abstracción y miró distraído a la joven. Se encogió levemente de hombros, apurando su copa de vino.

—Un poco —admitió gravemente—. Tengo motivos para ello, ¿no cree?

—Es evidente —suspiró la seductora pelirroja, mirándole con cierto aire perplejo—. Yo nunca me lo hubiera imaginado metido a detective privado, Drury.

—Nunca lo he sido, salvo cuando soñaba despierto, con una novela de misterio en mis manos —sonrió Talbot—. Y de eso ya hace algunos años. Últimamente, he tenido suficiente con mis

papeles escénicos. Incluso han llegado a darme jaquecas estudiando. Se lo dije así al doctor Blair, y me dio unas pastillas para ello. Tendré que tomarlas, aunque ahora no estudio ningún papel. Esto es mil veces peor, Belinda.

—¿Le gusta el papel de detective, en la gran farsa de la vida?

—No. Rotundamente, no, ahora sé que no es tan bonito ni romántico investigar crímenes y misterios sangrientos. Es repulsivo, siniestro. La muerte violenta no tiene nada de sugestiva ni de atractiva, créame. He aprendido muy duramente esa lección.

—Yo pensaba lo contrario —musitó Belinda—. Incluso le he llegado a mirar hoy como a un nuevo héroe, Drury, antes era sólo un actor. Y actores de teatro, hay muchos, aunque no todos sean tan atractivos como usted. Pero detectives de novela... es el primero al que veía en carne y hueso. Y no me defraudaba.

—Es muy amable, Belinda. Pero créame: todo lo que ahora me rodea es oscuro y abyecto. Prefiero el teatro, allí todo es fingido, hermoso en su ficción.

—Un problema policíaco, ¿no es en cierto modo una ficción, creada ingeniosamente por alguien, para desorientar a los espectadores, a la policía, a todos los demás? —sugirió Belinda.

—Sí, tal vez. Este *puzzle* es fantástico, lo admito. Pero hay demasiada sangre en él, demasiado crimen estúpido y sin motivo... Es también cruel, malvado, propio de una mente enferma, créame.

—Creo que tiene razón. —Belinda contempló las luces brillantes, la docena escasa de socios que deambulaba por el club, de los cuales sólo un par de parejas bailaba a los compases de un disco bastante suave—. ¿Cree que el asesino está loco?

—Es difícil definir la línea que separa la razón de la locura, Belinda. Quizá la mente que creó todo esto, sufra un desequilibrio, una morbosidad latente, no sé... —Sacudió la cabeza, evasivo—. Es mejor que lo olvidemos. ¿Bailamos otro poco, Belinda?

—Sí, por favor —rogó ella, saliendo de su abstracción—. Es mejor olvidar cosas tan desagradables...

—Usted puede olvidar —murmuró Drury, caminando con ella hacia la pista—. Yo no. Debo pensar, pensar siempre, hasta que alguien pague por esas muertes. Se lo prometí a un hombre que aún no debe descansar en su tumba, mientras su asesino siga impune...

Y reanudaron el baile, ahora ambos parecían distraídos, lejos de

lo que les rodeaba, algo, quizá el siniestro influjo del mal que andaba suelto por Wallcester, condicionaba en estos momentos su propio comportamiento.

CAPÍTULO VIII

SANGRE QUE ASFIXIA

Seguía nevando con intensidad. La ciudad iba cubriéndose con el blanco manto que haría tradicional el ambiente y el paisaje en aquellas Navidades ya tan cercanas.

Drury Talbot y Belinda Jackson regresaron a la pensión ya muy avanzada la madrugada. Wallcester daba la imagen de un lugar apacible y tranquilo, de tarjeta postal invernal. Nadie hubiera dicho, caminando por sus blancas calles, que hubiera corrido tanta sangre en los últimos días.

Sin embargo, así era. Y Drury Talbot no podía ni debía olvidarlo. Lo sentía por la bella forastera a quien escoltaba ahora. Belinda no se merecía nubes de preocupación en una noche de expansión como aquélla. Su compañera de alojamiento era una mujer tan atractiva como inteligente y sensible.

Se había ido dando cuenta de ello durante la noche. Y comprendió que estaba sujeto en las redes de su femenino poder de seducción, cuando un largo beso y un prieto abrazo les unió, a la puerta de la habitación de ella.

Al despegarse sus labios, Belinda hundía sus dedos en el cabello de Drury, arañaba suavemente su nuca, musitando su nombre dulcemente:

—Drury... Drury, mi vida... Me atraes... Me has atraído desde el primer día...

—Belinda... —susurró Talbot, notando contra sí las formas enloquecedoras de la pelirroja—. Belinda, no sigas...

Pero ella seguía. Sus caricias eran constantes, sus murmullos

apasionados también. Insensiblemente, ambos penetraron en la misma habitación. La puerta se cerró tras de ellos.

Por segunda vez desde que estaba en la pensión de la señora Bingham, Drury Talbot no ocupó en solitario un lecho. Pero esta vez era muy diferente a Elsie, la doncella. Belinda Jackson era una mujer muy diferente en todo. Incluso en el amor...

* * *

Nunca había dormido tanto, ni tan prolongadamente.

Cuando despertó, el sol estaba ya muy alto en el cielo, aunque las nubes grises lo difuminaban hasta hacerle pasar desapercibido, a través de la ventana, se veían los blancos festones de los edificios. Y la lenta caída de pequeños copos.

—Belinda... —murmuró, sorprendido—. Cielos, podrían enterarse...

—No te preocupes —sonrió ella, mirándole con sus ojos cálidos y profundos—. Colgué el cartelito de «No molestar». En mi puerta..., y en la tuya. Elemental medida de prudencia, ¿no?

Drury se incorporó. El cuerpo sinuoso de Belinda quedaba envuelto en sábanas, dibujándose procaz. Había que tener fuerza de voluntad para levantarse y no continuar allí. Drury se hubiera quedado el día entero. Pero no era su casa. Ni la de Belinda. Era sólo una pensión provinciana. No quería escándalos allí.

Se tocó la cabeza, disgustado. Bebió un vaso de agua, con una de las tabletas recetadas por el doctor Blair. Vistióse con rapidez.

—Te lo dije... —murmuró—. La maldita jaqueca... También las preocupaciones, los misterios policíacos y todo eso, dan dolores de cabeza. Debí tomarla anoche, pero ¿quién se acordaba anoche de nada?

Rieron ambos de buena gana. Drury escuchó pegando el oído en la puerta. Elsie pasó en una ocasión por el corredor, con su taconeo inconfundible. Oyó el aspirador en uno de los corredores, bastante lejos. Hizo un gesto a Belinda, y ella le lanzó un beso, con gesto turbador.

Drury salió de la habitación y, con rapidez, metió la llave en la puerta de la suya propia, y entró con celeridad, cerrando tras de sí.

El bofetón fue toda una sorpresa. Se quedó mirando,

estupefacto, a Elsie.

La doncella, con el rostro enrojecido, le contemplaba airadamente. Sus potentes senos se agitaban tumultuosos, hasta el punto de haber desabrochado un botón, y asomar peligrosamente, en toda su opulencia.

—¡Traidor! —Silabeó en voz baja pero intensa la doncella—. ¡Cerdo! ¡Me has engañado con esa forastera, mosquita muerta!

—Vamos, vamos, Elsie, no pienses mal —se tocó la mejilla, dolorido—, anoche regresé mareado. Unas copas de más, ¿entiendes? Ella me atendió...

—Oh, claro —el sarcasmo asomó al tono y gesto de Elsie—. Ella te atendió muy bien, seguro. Ya vi cómo os mirabais en el comedor últimamente... ¡Estoy segura de que es una buena lagartona la tal señorita Jackson! Vende prendas íntimas, seguro... ¡pero antes las exhibe sobre su cuerpo! He visto su libro de pedidos, y por lo que vi, lo que menos hace es vender sus famosas bragas y sostenes... Estos últimos días no tiene ni un solo pedido, la muy zorra... ¡Pero claro, no le costará ganar dinero, gracias a esas bonitas prendas interiores, estoy segura! —completó con evidente despecho y mala fe.

—Está bien, Elsie —cortó secamente Drury—. Márchate ahora. Hablaremos de eso en otra ocasión. Pero recuerda que no eres quién para meterte en la vida de nadie. Si denuncias esto a tu señora, perjudicando el buen nombre de la señorita Jackson, yo puedo tomarme represalias, bien lo sabes. No durarías mucho en esta casa. ¿Por qué no dejar las cosas como están, preciosa?

—¡Eres un puerco libidinoso! —le espetó ella, furiosa, abandonando airada la habitación con un portazo.

Drury se quedó solo. Se contempló en el espejo, pensativo.

—Amigo mío, eres un perfecto cínico —se dijo a sí mismo.

Luego se aseó y partió hacia el hospital de Wallcester, sintiéndose peor que nunca, y necesitado de un largo descanso.

Le esperaba una primera y desagradable sorpresa, apenas llegar al recinto sanitario.

El propio sargento Wescott, a la puerta del mismo, le recibió con el ceño fruncido, espetándole la mala noticia:

—Llega un poco tarde, sí quiere ver a Valentine Saxfield en su lecho, Talbot —dijo acremente—. Ya no está.

—¿Ha... ha muerto? —musitó Drury, impresionado.

—Peor que eso. ¡Ha escapado del hospital! —rugió el policía—. ¡Ha desaparecido!

* * *

Ciertamente, no era una buena noticia.

Wescott la amplió con otros detalles, mientras regresaba al centro de la ciudad en el propio coche de policía.

—Hay mucha confusión en el hospital, en torno a lo sucedido —concretó—. Ignoran si el paciente estaba totalmente recuperado de su envenenamiento tras el tratamiento de urgencia a que fue sometido. Según el doctor Blair, estaba muy débil, pero pudo marcharse por sí mismo, sin ser visto, utilizando quizá una bata de enfermero, que han observado falta en el piso donde él se hallaba internado. También se encontró una camilla con ropas bajo una sábana, fingiendo contener a alguien, cerca de la salida de ambulancias, que es el acceso menos controlado del edificio. Sin duda, Saxfield se disfrazó de enfermero, tomó una camilla y abandonó el hospital, engañando a todos.

—¿Cuándo pudo suceder eso, según los empleados del hospital? —indagó Talbot.

—A primeras horas de la mañana, evidentemente, antes de que la enfermera de turno entrase a atender al paciente. Quizá entre siete y ocho de la mañana.

—¿Por qué se envenenó Saxfield primero para luego evadirse del hospital?

—No lo sé, Talbot. Creo que nos las habernos con un loco peligroso y variable. Con un asesino muy temible, en suma.

—Asesino... —repitió Drury. Miró a Wescott, mientras ése conducía—. ¿Ya no tiene dudas sobre eso, sargento?

—Ninguna —resopló el policía—. He dado orden de detención, contra Saxfield, La acusación oficial está preparada ya por el fiscal. El registro en su casa nos ha dado resultados totales.

—¿Registro? —Drury mostró curiosidad súbita—. ¿Qué hallaron allí?

—Muchas pruebas concretas: una agenda con una copia exacta de la lista que usted halló en la estación. Es una agenda gemela:

igual color de tapas, igual formato... La lista trágica es la misma..., pero con los nombres de August Bromfield y Velda Symons escritos ya en ella. Los otros dos siguen con sus iniciales solamente. También hallamos ropas de mujer, maquillajes, pelucas, postizos... Todo lo preciso para caracterizarse, incluidos modernos métodos de plástico moldeable, rellenos, botas con alzas especiales y cuanto haría falta para variar a voluntad estatura, volumen, apariencia... ¡Ah!, también tenía un juego completo de lentillas de colores.

—Muchas evidencias son, ciertamente, aunque a Saxfield siempre le ha apasionado ser un *travesti*, caracterizarse y alterar su físico y todo eso...

—Hemos descubierto muchas cosas sobre su pasado y su modo de ser... ¿Sabía que él, personalmente, tuvo la culpa de la muerte de la madre de Velda Symons?

—¿Qué dice? —Drury le contempló ahora, realmente asombrado.

—Era cuando el puritanismo intransigente de sus padres dominaba sus actos, Talbot. Eso le condujo a presidir una especie de tribunal de moralidad y buenas costumbres, contra la madre de la muchacha asesinada recientemente. La expulsaron de esta ciudad, y el escándalo y el deshonor llevaron a la infortunada mujer al suicidio. Todo, porque Velda era hija natural, sin padre reconocido, y la madre tenía bastante mala fama en Wallcester. Curiosamente, la señorita Deborah Miles y el reverendo Holborn, así como el propio Saxfield, formaban parte de ese horrible tribunal ciudadano que condenaba los pretendidos actos inmorales. Residuos de nuestra era victoriana, amigo mío... Luego, Saxfield quiso borrar ese odioso pasado de su vida, cambió de mentalidad, él mismo se hizo... er... bastante amoral, y procuró compensar sus errores con una generosidad exagerada. Fundó sus organismos benéficos, ayudó en todo a la inocente hija de la mujer a quien condenó, provocando su muerte... e hizo de Velda Symons una artista prestigiosa. Pero creo que, en el fondo, todo eso dejó profunda huella en la mente sensible de nuestro hombre, y le desequilibró lo bastante como para convertirlo en un psicópata, acaso en un esquizofrénico, dispuesto a ser a la vez benefactor y asesino. Las muertes del reverendo y de la señorita Miles quizá no eran sino un modo de vengar lo que entonces hizo, presionado por ellos. Bien mirado, ambos eran muy

puritanos en sus ideas, muy poco tolerantes con los fallos ajenos... En suma, Talbot, creo que cada vez comprendemos menos la mente humana...

—Se equivoca, sargento —dijo lentamente Drury, con la mirada perdida en la distancia—. Creo que, a veces, unos simples hechos, pueden permitirle a uno comprender de verdad los secretos más recónditos de una mente humana... enferma, eso sí. Desquiciada hasta el punto de matar a muchas personas inútilmente, sólo para encubrir el verdadero motivo y las únicas personas a quienes se pretende destruir... Sargento, ¿puede hacer una cosa en las próximas horas? Puede ser muy importante para resolver definitivamente todo esto...

—¿Qué cosa? —Se intrigó el sargento, mirándole sorprendido—. ¿Es necesario ya?

—Sí, por favor. —Drury se lo expuso, ante la sorpresa del policía—. Hágalo. Luego me dirá los resultados, sargento. Es el último favor que le pediré, antes de irme de esta ciudad...

—Está bien. Lo haré, pero no veo el porqué de tramitar ahora todo eso... —se interrumpió. Su radioteléfono estaba emitiendo una señal. Sin detenerse, pero reduciendo la marcha, utilizó la mano izquierda para tomar el micrófono y elevó el tono del receptor—, aquí

P-Uno

a la escucha...

P-Uno

a la escucha... Habla Wescott. ¿Qué hay?

—Aquí

P-Tres,

sargento...

P-Tres,

desde el cuartelillo —sonó una voz monocorde—. Hay malas noticias, señor...

—¿Qué diablos sucede? —Se inquietó Wescott, cambiando una ojeada con Talbot.

—Se trata del coronel Earl Huxley, señor... Le han asesinado en su casa.

Asesinado. Y de un modo harto desagradable y teatral.

Drury Talbot y el sargento contemplaron sombríamente el cadáver del arrogante militar. Clavado como una mariposa gigante. Clavado a una puerta de su confortable biblioteca... por medio de una lanza bengalí, que atravesaba cuerpo y madera, dejándole a medio caer, la cabeza vencida sobre el pecho.

Una copiosa hemorragia había empapado sus ropas, la madera y el suelo alfombrado. El rostro petrificado, revelaba un enorme gesto de horror. La palidez de la muerte, daba un tono ocre a su bronceína y saludable epidermis de hombre de las colonias.

—Dios... —jadeó el policía, impresionado, saliendo de la estancia—. Qué horrible muerte... Talbot, es desesperante que esta pesadilla siga...

—Y ya, ni siquiera se preocupa de que parezca un accidente... —comentó entre dientes Drury—. Claro, ya no es necesario que lo haga...

—¿Saxfield? —El sargento meneó la cabeza, con gesto áspero—. Maldito sea, ¿cómo podría burlar esta mañana la vigilancia de mis hombres? Debió llegar por la parte posterior, apenas escapado del hospital... Mis agentes dicen que no vieron a nadie sospechoso. Y menos a Saxfield.

—Por favor, sargento, ¿cómo iban a verle? Recuerde su facilidad para alterar su aspecto... Tal vez sus hombres verían a un muchacho repartiendo botellas de leche, o a una mujer con el cesto hacia la compra..., apenas diera la vuelta a la casa, entraría aquí, sorprendiendo al coronel Huxley... Pobre hombre. Tan seguro de sí..., y también cayó.

—Estúpidamente, además —se quejó amargamente Wescott—. ¿Por qué sigue todo este maldito juego sangriento?

—Sí, sargento —susurró Talbot—. Tanta sangre nos ahoga... Es evidente. Le veré luego. No puedo soportar más todo esto. ¿Hará lo que le pedí?

—Pero..., ¿es necesario todavía? —dudó el policía, mirándole perplejo.

—Sí, por favor... —Se volvió al ver detenerse un coche policial ante la casa y descender de él a uno de los agentes de Wescott que, muy pálido, corría hacia su superior. Drury comentó sentencioso—. Mucho me temo que viene otra novedad desagradable, sargento...

Wescott arrugó el ceño, mirándole aprensivo. Luego, vio llegar a su subordinado. Éste le saludó respetuoso y anunció con voz ronca:

—Le hemos hallado, señor.

—¿Hallado? ¿A quién? ¿A Saxfield? —barbotó el policía.

—Sí, señor.

—¡Cielos, vamos allá! ¡Quiero interrogar muy a fondo a ese maldito loco!

—Imposible, señor —dijo tristemente su subordinado—. Ha muerto. Esta vez, sí se salió con la suya... Encontramos su cadáver en el teatro... Se colgó de una cuerda de los telares... Lleva varias horas muerto, evidentemente.

CAPÍTULO IX

TELON PARA UNA FARSA

Muertos... ¡Dos muertos más, Drury! Realmente, fueron *siete* los muertos...

—Sí. Y el misterio terminó con ello. El enigma costó siete vidas, Belinda... Mucha sangre, para una triste historia de intolerancia, puritanismo, odios, rencores, crueldad demencial y gran inteligencia... El asesino fue un perfecto jugador de ajedrez durante todo este tiempo. Cada vez que movía una pieza, tenía ya fríamente calculado su movimiento posterior. Y el que harían sus antagonistas. Sólo así se explica que el juego haya terminado triunfalmente. Murieron justamente todos los que debían de morir.

—Drury... ¿No faltaba uno de la lista, según tu teoría? —objetó Belinda Jackson, mientras preparaba su maletín-muestrario, para salir a vender sus productos íntimos «Luxury».

—Sí: Marta Sinclair. Pero era, igual. Estaba elegida al azar. Como Spencer Hawkins, como August Bromfield, como el coronel Huxley... Eran simple relleno. Un trágico y terrible relleno para un plan tan maestro como despiadado.

—¿Puede haber crímenes..., de *relleno*? —Se estremeció Belinda.

—Sí, los hubo esta vez. —Drury paseó por la habitación de la pensión, hasta detenerse en la ventana, viendo caer la nieve—. Creo que Bromfield tuvo razón. No sé si fueron los espíritus o una simple corazonada, pero servía yo para descubrir la verdad que él temía que nadie iba a descubrir, acaso, realmente, podía anticiparse a los acontecimientos, por algo que está en nuestra mente y no todos dominamos, Belinda. Pero lo cierto es que he sido el investigador

que él necesitaba, alguien que no se dejó deslumbrar por el plan demencial del asesino.

—¿A qué te refieres? ¿No fue el propio Saxfield quien se mató, acabando así su juego?

—Sí. El juego acaba con la muerte de Valentine Saxfield, ciertamente. Pero empezó mucho antes. Hace años, Belinda. Muchos años... Y terminó en nuestros días. Con una partida de ajedrez diabólica, en la que las piezas eran seres humanos. En realidad, creo que nadie ha sospechado nunca la verdad. Ni siquiera yo, hasta que encontré *el motivo*.

—Pero... ¿qué motivo? Me has dicho que Saxfield estaba loco...

—Posiblemente lo estuviera. Le dejó una profunda huella su error del pasado, al provocar por intolerancia y moralidad mal entendida, la muerte de una infortunada mujer. Pero precisamente ahí estaba el motivo. En el pasado. Otras dos personas acompañaban a Valentine en el tribunal cívico de buenas costumbres que juzgó a la soltera con un hijo. Tres votos decidieron su público deshonor y la expulsión de la ciudad, como si aún estuviéramos en plena Edad Media... Esos votos fueron los del propio Valentine..., y los de Deborah Miles y el reverendo Holborn.

—Cielos... Y Saxfield trató de limpiar su pasado, de rehabilitarse, matando a los dos componentes de ese tribunal..., y terminando consigo mismo. ¿Es eso, Drury?

—Eso sería, Belinda, si no fuese porque ofrece un punto negativo: ¿por qué matar a los otros, que nada tenían que ver? ¿Por desorientar a la policía? ¿Por qué suicidarse él, entonces? El juego terminaba por no tener sentido, pese a todo.

—Pero Saxfield acaso se suicidó, sólo porque tú descubriste que no eran tales accidentes, sino auténticos asesinatos. Eso le desorientó, le asustó acaso, y...

—Exacto, Belinda, acabas de darme la versión lógica, la que la policía aceptó sin vacilar, dando el caso por resuelto y archivado de modo definitivo.

—Y así será, ¿no es cierto?

—No, no es cierto —negó lentamente Drury Talbot—. No es cierto en absoluto. —¡Drury!— se quedó asombrada la pelirroja vendedora. —¿No estás tomándote demasiado en serio tu papel de detective, y tratas de buscar tres pies al gato?

—Me gustaría que así fuese, pero no es ése el caso, Belinda. Yo descubrí al asesino. Y sus auténticos motivos para planear todo esto. Yo sé ahora por qué el criminal, disfrazado como una mujer madura, en el bar de la estación, dejó olvidada una agenda... que jamás *olvidó*. Era el cebo. Pensaba que alguien lo entregaría a la policía..., y los «accidentes» terminarían por ser vistos como asesinatos. Era necesario hacerlo así. En realidad, pese a los esfuerzos del asesino, interpretando diversos papeles para fingir accidentes, la idea primordial era derribar luego esa apariencia, y conducir su drama hasta el final previsto: la muerte de Valentine Saxfield, tras haber matado a las otras dos personas que realmente *debían* morir: Deborah Miles y el reverendo Holborn.

—Pero..., ¿por qué los tres, precisamente? ¿No era Saxfield el culpable?

—No. Saxfield, realmente, era LA SEPTIMA VICTIMA, aunque sus iniciales no figuraran en la lista, si bien se prestaban a error previamente, en el quinto puesto, confundidas con las de Velda Symons, que era la quinta víctima. Y ahí tenemos a un nuevo punto: Velda Symons, *también* tenía que morir. Velda Symons era ABSOLUTAMENTE NECESARIO que muriese.

—Pero ella..., ¿por qué? ¿No sufrió ya bastante con la muerte de su madre?

—Exacto. Ella sufrió mucho entonces. No tenía sentido que, entre sus víctimas de relleno, Valentine pusiera a la hija de la mujer cuya muerte provocó en el pasado...

—¿Entonces... por qué murió ella?

—Porque era imprescindible que muriese. Sólo así, el plan del asesino llegaba a buen fin.

—Pero..., ¿por qué? —se exasperó Belinda Jackson—. No logro entenderlo. ¿Quién mató a aquella muchacha y por qué?

—A aquella muchacha la mató la misma, persona que mató a todos los demás, el que provocó siete muertes, tres de ellas absolutamente estúpidas, y una totalmente necesaria para crear la gran farsa sangrienta... En resumen, Belinda: el asesino es... VELDA SYMONS... Es decir... Tú, querida...

Belinda Jackson retrocedió, como golpeada por un mazo. Miró atónita a Drury, de repente, su bonito rostro se había puesto pálido bajo los rojos cabellos.

—Drury... —susurró, temblorosa—. ¿Estás... loco?

—No —negó lentamente Talbot, mirándola con amargura—. Tú lo estás... Loca de odio, de rencor, de maldad... No conoces la piedad. Odias a muerte, ¿no es cierto? No te importa matar, destruir, si alcanzas tus fines..., así llegaste a tu apoteosis de esta mañana... mientras yo dormía en tu lecho, narcotizado por ti, para despertar lo bastante tarde, cuando todo estuviese consumado, tras abandonar tú esta casa por aquí, por esta ventana, ir al hospital, disfrazarte de enfermero, sacar a Valentine en una camilla, previamente narcotizado también, y llevarlo al teatro, donde lo ahorcaste, fingiendo el suicidio, como antes lo fingiste, envenenándole de modo que se recuperase. Con tus mil disfraces, llegas adonde quieres, ¿no es cierto? Igual lograste matar al coronel, pasando ante los policías sin que sospecharan de ti, disfrazada de cualquier otra cosa...

—Drury, todo lo que hablas no tiene sentido... ¿Cómo iba yo a narcotizarte a ti, cómo iba a ser yo... una asesina? Además, has mencionado a Velda Symons..., y Velda está muerta...

—No, querida. Velda no está muerta. Nunca murió. Porque Velda eres tú. Esa peluca pelirroja, esas lentillas grises, cambiaron tu aspecto, mientras una buena amiga tuya, una muchacha rubia, llegaba en lugar de Velda Symons a Wallcester, haciéndose pasar por ti. Para ella, era como un juego, y le pagabas bien esa farsa. Nunca sospeché, hasta que te vio asesinarla, de ahí su gesto de incrédulo horror... Hacía muchos años que Velda no venía por aquí. La recordaban de niña. Cualquier joven rubia, de ojos de igual color y rostro similar, podría pasar por ella, debidamente aleccionada. Y así se hizo. Murió una chica de Edimburgo, amiga tuya, que vino en ese tren, no Velda Symons, la auténtica Velda, que vivía aquí con el nombre de Belinda Jackson, vendedora de ropas íntimas. Un plan casi perfecto... pero cometiste errores, querida.

—Errores... —Ella le miró con repentina ironía—. ¿Qué errores, si así fuese cierto?

—Valentine Saxfield no podía saber con antelación que tú regresarías, para iniciar una supuesta masacre con Spencer

Hawkins, y tener ya tus iniciales en su lista mortal. Tampoco era lógico que olvidases esa lista en cualquier parte, echando a rodar un plan perfecto. Luego, mencionaste aquí a un novio maniaco que tuviste, natural de Glasgow. Y Glasgow está muy cerca: de Edimburgo... Claro que viaja siempre mucho una vendedora, pero... era un indicio. Te gustaba mucho el té con limón, lo observé aquí. Y la dama rubia de la estación tomaba té con limón. Un error lógico, llevada por la costumbre. Pero, cosa rara, anoche no quisiste té con limón ni una sola vez. Estando en guardia, evitabas tomarlo, tras tu escena en el bar de la estación... Mi jaqueca de esta mañana, no era lógica. Sólo me sucede cuando estudio un papel. Luego, Elsie me citó algo curioso: en los últimos días no habías vendido *nada*, según tu libro de pedidos, y pese a cuanto parecías deambular por ahí, con tu mercancía. Claro, hacías otras cosas que te ocupaban todo el tiempo... Eran indicios, Belinda, sólo indicios, pero iban formando un nuevo contexto. Luego supe la vieja historia de la madre de Velda, y tuve el motivo: los demás crímenes eran inútiles. Velda Symons volvía para vengarse de Valentine Saxfield, de Deborah Miles, del reverendo Holborn..., al que más harías sufrir es a Valentine, que moriría en último lugar, tras conocer la verdad por tus propios labios. No te bastaban sus empeños en rehabilitarse, en borrar el mal cometido. No agradeciste que te diese una carrera. Venías a matarle. Lo curioso es que tu amiga, Vanessa Hunter, se dio cuenta, involuntariamente, de que la otra muchacha no era Velda. La veía distinta, y así lo mencionó, sin darle mayor importancia. Era otro dato más. Como lo era el hecho de que tú tuvieses un rostro dúctil, una figura ni alta ni baja... En suma, una mujer capaz de representar muchos papeles diversos. En tus uñas pusiste anoche una droga que al arañarme la nuca en nuestra escena de amor, me produjo el largo sopor. Yo sería la mejor coartada en todo momento. Y tú disponías de horas para terminar el macabro juego de tu demencial venganza... Velda Symons, ya todo terminó. Éste es el fin.

—¡Estás completamente desquiciado, Drury! ¡Nunca podrías probar una tontería así!

—Está probada, Velda —suspiró Talbot lentamente. Sacó algo de su bolsillo—. Mira: me han enviado una telefoto de Edimburgo. Es la fotografía *real* de Velda Symons. Tú fotografía, con cabello rubio,

con ojos de otro color... También tengo un informe de allí. No sólo fuiste actriz de niña, una actriz precoz, como ya se sabía en Wallcester, sino que... seguiste actuando en Edimburgo como aficionada. Tengo datos de tus actuaciones. Y la especialidad de Velda Symons en el teatro era... *caracterizarse*, cambiar de aspecto, aparecer como niño, anciano, hombre o mujer... Desengáñate, querida. Es el fin...

Y tiró bruscamente del cabello rojo de Belinda Jackson, apareció debajo el rubio cabello de Velda Symons.

Ella abrió su maletín, extrajo un objeto que, al accionarse, reveló una larga hoja de acero, impregnada de algo oscuro, posiblemente un veneno. Drury la avisó, alzando sus manos, en guardia:

—No lo intentes, Velda. No ganas nada con matarme, abajo está el sargento Wescott. Sus hombres rodean esta pensión. Todos lo saben ya. Sólo esperan arrestarte...

—Eso, nadie lo conseguirá, Drury —sonrió, amargamente, ella.

Y, de repente, giró el arma contra sí. La clavó sobre su pecho. Talbot corrió hacia ella pero sabía que era tarde.

—Ahora ya puedes estar tranquilo... —sonrió, lívida, cayendo a la alfombra—. Cumpliste tu trabajo. Bromfield descansará feliz en su tumba... Vete, Drury. Vete a buscar a una chica mejor que yo... Vanessa, por ejemplo... Está loca por ti, basta verla... Que tengas éxito... en tu función del sábado. Lástima... no estar allí para aplaudirte... Drury... eres el único a quien... no guardo rencor...

Talbot avisó a voces desde la puerta. Llegaron los policías, Elsie, la señora Bingham...

—Pero era tarde. Velda estaba muerta. El veneno de la hoja de acero era muy activo, evidentemente.

Lentamente, Drury Talbot, actor profesional, detective accidental por un extraño destino, se alejó lentamente. Se cruzó con Wescott, que le miró, sombrío.

Salió a la calle. Nevaba. Se encaminó al teatro.

Ella tuvo razón. Vanessa esperaba. Y sentía ganas de ver de nuevo a Vanessa.



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Por razones obvias que luego comprenderá el lector la ciudad de Wallcester es absolutamente imaginaria, y el autor la sitúa al norte de Londres, más o menos entre Birmingham, Coventry, Leicester y Stoke. El lector puede imaginársela a su modo, pero resulta evidente que se trata sólo de una típica ciudad inglesa de unos cien mil habitantes, o algo menos, con todas las virtudes y defectos de las mismas. (Nota del Autor). < <